

Selección RNR

*Las feos también
los enamoran.*

Edith

Elizabeth Urian



Romance Histórico

LAS FEAS TAMBIÉN LOS ENAMORAN

EDITH

Elizabeth Urian



1.ª edición: junio, 2015

© 2015 by Elizabeth Urian

© Ediciones B, S. A., 2015

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito Legal: B 14388-2015

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-682-3

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

Epílogo

Nota de las autoras

Prólogo

Era legendario.

Su reputación recorría los largos caminos desde su Surrey natal hasta la capital, Londres, y todos lo conocían como *el duque conservador*.

Esta característica no se debía a su férreo o moderado carácter, nada de eso. Lo llamaban conservador porque no era capaz de «conservar» a ninguna mujer.

Primero fue la dulce y preciosa Amery, una delicada perla americana que, con solo mirarla, era capaz de alegrarte el día. Su delicada piel, sus labios carmesí y su suave cabello eran motivos más que suficientes para enamorar a cualquiera, como así sucedió, porque el mismo día de su boda lo abandonó para fugarse con el mozo de las caballerizas.

A esta le siguió la práctica Camile. Unidos por el despecho pensaron que un matrimonio entre ambos sería la solución perfecta. Por desgracia, el destino tenía reservados otros planes para ella y terminó por reconciliarse con su ex prometido.

La tercera de la lista fue Francesca. ¡Ay, Francesca! No había una viuda igual. Alegre, divertida, coqueta... Justo lo que necesitaba. Con ella pasó grandes momentos, sin embargo, cometió un gran error: se quedó embarazada... pero no de él. No era algo que pudiera tomarse con ligereza y la viuda quedó descartada como futura duquesa de Dunham.

La última, y la más malcriada de todas, fue Gertrude. Egoísta, llorona y manipuladora, hacía que la vida junto a ella pareciera un infierno. Que decidiera dar por terminado el compromiso fue una bendición para Jeremy, aunque hubiera estado dispuesto a sacrificarse como un auténtico mártir.

Al final la suerte fue dispar: todas las jóvenes encontraron el

verdadero amor y el pobre Jeremy se quedó solo. Amery se casó con su antiguo empleado en Gretna Green, convirtiéndolo en el muchacho más afortunado del planeta. Había encontrado el amor junto a una preciosa mujer y además pasaba a ser el único yerno de un adinerado industrial de Estados Unidos. Camile regresó con su antiguo prometido y, por lo que sabía, no habían parado de... procrear. Francesca se unió en matrimonio al embajador de Argentina —y futuro padre de su hijo—, mientras que Gertrude fue capaz de encontrar un esposo que la soportara.

Así que todo el mundo sabía de la habilidad de Jeremy Gibson para encontrar el amor... Aunque no para él, sino para otros.

Surrey, 1875.

—No hay paisaje más hermoso y bucólico que este —declaró en voz alta Edith mientras veía las hojas caer.

Se hallaba en lo alto de la pequeña colina que le servía de atajo hasta Stanbury Manor. No es que ella hubiera viajado demasiado: su límite era Bruselas; sin embargo, no se podía estar más orgullosa de pertenecer a una tierra.

Edith destapó un poco la cesta que colgaba de su brazo sin perder de vista el paisaje otoñal y tomó una deliciosa galleta de nueces que la cocinera había preparado para Margaret, duquesa viuda de Dunham. Se la comió en unos pocos mordiscos sin ningún tipo de remordimientos y pasó la lengua sobre los dientes —un gesto nada propio de una dama— para evitar que le quedaran restos. Aun así, su mente no pudo evitar evocar lo que diría su tía si la viera.

«El dulce no es nuestro aliado», solía decir su querida tía Cecile a todas horas, por lo que no le quedaba más remedio que hacerlo a escondidas. Como si a esas alturas importara si engordaba. A su edad seguía soltera y su rostro era tan endiabladamente feo que nadie se fijaría si su cintura llegaba a asemejarse a la de una vaca de corral.

Todo el mundo de los alrededores la adoraba: era cordial, cariñosa, lista y todo lo misericordiosa que podía. Si no fuera por su aspecto, estaba segura de que a estas alturas estaría casada. Por el contrario, todavía no había encontrado marido y nunca nadie se había interesado en ella lo suficiente o había intentado mantener una relación que fuese más allá de la amistad. Quizás lo correcto sería sentir un pinchazo de desilusión al pensarlo detenidamente; sin embargo, no era algo por lo que debiera afligirse. Ya había decidido que solo contraería matrimonio con un hombre. Solo con él.

«Su boca me recuerda a la de una carpa». La frase resonó en su cabeza provocándole dolor. Por mucho tiempo que pasara nunca lograría olvidarla, no porque le hiciera ser consciente de su físico, sino porque la había dicho él.

Se preguntaba a menudo por qué era tan débil. ¿No había suficientes hombres en Inglaterra como para que terminara enamorada de quien peor la trataba? Una parte de ella quería odiarlo por sus palabras o por su desprecio y otra deseaba con todas sus fuerzas que llegara el momento en que le confesara su amor, aunque fuera un deseo imposible.

Reanudó el paso con vigor y sintió la tentación de tomar otra galleta, aunque sabía que luego seguiría otra y otra y la pobre duquesa encontraría la cesta vacía, así que se concentró en sus zancadas.

Como hacía siempre que iba a la mansión, abandonó el camino a la altura de la granja de los Collins mientras cruzaba los campos para llegar antes, adentrándose en la propiedad de la familia Gibson por la parte sur. Ya a la altura de los jardines se detuvo de repente a contemplar la escena que se desarrollaba a su derecha.

Su corazón tembló de emoción y nerviosismo a la vez.

¡Era él! ¡Había vuelto!

Jeremy Gibson, duque de Dunham, estaba practicando el tiro al arco mientras un par de lacayos permanecían junto a él y le sostenían la chaqueta. Mantenía la vista fija en el horizonte, en la diana y, a pesar de no poder ver sus ojos desde la distancia donde se encontraba, sabía que estos eran de un hermosísimo color ámbar.

Con una ansiedad mal disimulada recorrió cada centímetro del espécimen masculino. Había pasado un mes lejos de Stanbury Manor y Edith fue capaz de apreciar los pequeños cambios, como una delgadez más visible y el pelo rubio... ¡corto!

Edith se lamentó. Ella había adorado desde siempre el movimiento de su melena: esas ondas doradas que bailaban al compás del viento mientras un pequeño mechón caía sobre su frente otorgándole un

aspecto juvenil. Ahora, sin eso, mostraba una apariencia más formal y madura, acentuada también por los pantalones y chaleco negro.

Sin embargo, después de meditarlo, el resultado no le desagradaba tanto como había pensado en un primer momento. De hecho, quizás le favoreciera más.

Lo vio lanzar la flecha con una calculada precisión. Cuando alcanzó el centro de la diana lo vio esbozar una sonrisa de complacencia. Con semejante imagen presentándose ante ella no pudo más que pensar que parecía un dios pagano en todo su esplendor. ¿Qué mujer en su sano juicio no lo desearía? ¿Quién no querría pasar el resto de su vida contemplándolo?

«Al parecer, más mujeres de las que imaginas».

Su molesta conciencia le recordó cuántas de ellas lo habían abandonado en busca de un candidato más adecuado.

«Peor para ellas».

«Y mejor para mí».

Fue entonces cuando Jeremy se dio cuenta de su presencia. Detuvo el nuevo y preciso movimiento del arco para arrugar la frente y sustituir la sonrisa de satisfacción por un rictus severo. De repente, mientras la miraba, no supo ver en su cuerpo ningún signo que le transmitiera aprecio, amabilidad o simple cortesía.

Ya estaba acostumbrada.

Con resignada valentía se acercó a él sujetando con fuerza la cesta y pensando en algo bonito o agradable que decir; al fin y al cabo quería que tuviera buena opinión de ella. Quizás no pudiera enamorallo con un seductor pestañeo o una graciosa sonrisa. Por suerte, contaba con una impecable educación y una arrolladora personalidad.

Fue una lástima que esta se esfumara tan pronto lo tuvo enfrente.

—No sabía que le gustaran tanto los pasatiempos femeninos —soltó a bocajarro—. Estoy segura de que próximamente lo veremos bordando.

Todas las pretensiones de Edith se fueron al traste al no poder

contener su boca. No hubiera podido ser más grosera ni aunque lo hubiera pretendido.

Lo vio tensar la mandíbula. Una nefasta señal. Era imposible que sus palabras hubieran causado una buena opinión.

«¿Por qué siempre me pasa lo mismo con él?», se preguntó en aquel instante. Deseaba ser encantadora y terminaba por no serlo en absoluto.

—Señorita Bell. —A pesar de todo, la saludó con cierta educación y con una inclinación de cabeza, aunque era obvio que su presencia no era deseada y mucho menos apreciada.

—¡Cuánto comedimiento! Esos colegios caros le habrán servido de mucho.

A ambos les quedó claro que pretendía decir lo contrario.

—Así es. Y me enorgullezco de ello —contestó arrastrando las palabras—. Aunque es una lástima que no todo el mundo pueda jactarse de ello.

Como pulla estaba bien. Era directa y efectiva. Si lo acompañabas de un descarado examen y un gesto altanero, no tenía más remedio que sentirse vulgar y fea. Bueno, más fea que de costumbre, y eso que se había esmerado en acicalarse para la ocasión. Esa tarde había escogido un vestido azul oscuro de dos piezas con motivos florales en blanco, de escote cuadrado y manga larga. Además, llevaba un pequeño sombrero de tonos claros anudado bajo la barbilla y un *dolman* en crudo.

Edith no logró disimular cierto rubor de vergüenza. Suerte que los lacayos se habían retirado con discreción.

—No puede esperar que todos los hombres se comporten como caballeros —prefirió malinterpretar sus palabras de forma deliberada.

—Ni todas las mujeres como damas, al parecer.

—¿Eso es una acusación? —contratacó.

—¿Lo es?

—¿Suele contestar a una pregunta con otra pregunta?

—¿Acaso no es eso propio de un caballero?

Se burlaba de ella y con razón. Era culpa suya, por ser incapaz de comportarse con normalidad con él. No obstante, sintió enojo.

Tuvo que admitir que era incapaz de impresionarlo de una forma positiva por mucho que se esforzara. Al parecer, con él delante, se esfumaba su capacidad para deslumbrar con sus diálogos chispeantes o ingeniosas bromas y, en caso de conseguirlo, el duque se limitaba a mirarla sin parpadear. No por primera vez, se preguntó si no carecería de sentido del humor.

Lo miró fijamente mientras él aguardaba una respuesta. Se esmeró en resultar dulce y accesible, pero fracasó en el intento de idear una conversación racional y trivial que no los enredara de nuevo en una batalla silenciosa.

—Creo que deberíamos declarar una tregua —dijo al fin. Quizás eso relajaría el ambiente. Por lo menos ese día.

—No sabía que estábamos en guerra —la contradijo él con las manos en la espalda.

—Al parecer sí, dados sus ataques.

—¿Míos? —Abrió los ojos, incrédulo y la miró como si estuviera loca—. Creo, señorita, que lo más seguro para ambos será que siga su camino y me deje entretenerme con eso que llama «pasatiempos femeninos». Tanto por su bien como por el mío fingiré que este encuentro no ha existido. Haga lo mismo —le recomendó. Y le dio la espalda en una actitud grosera.

Edith sintió un ligero pinchazo en el corazón. Como siempre, sus palabras y sus gestos le dolían sobremanera. Quizás en esta ocasión había empezado ella, pero no sería la primera vez que Jeremy se mostrara maleducado en primera instancia.

Sin embargo, y muy a su pesar, eso no parecía motivo suficiente como para dejar de amarlo. Por la noche, en la cama, acabaría repasando una y otra vez la multitud de formas delicadas de abordarlo. También sabía que acabaría reprochándose su actuación de ese momento, pero la pura verdad era que se sentía incapaz de establecer

una conversación normal con él.

Aceptando que otra vez más había fracasado en su intento de acercarse a él, prefirió fingir que todo estaba bien y que el encuentro no la había afectado. Mejor una retirada a tiempo que ser vencida en el mismo campo de batalla.

Se excusó lo más aprisa que pudo y se dirigió a la mansión en busca de la duquesa, deseando no haber provocado que la odiara más que de costumbre.

* * *

Después de terminar las prácticas de tiro con arco, Jeremy decidió que sería un buen momento para tomar un baño. En ese instante no sentía deseo alguno de confraternizar con la actual visita de su abuela, aunque esta esperase que estuviera presente.

Edith Bell era la persona más fastidiosa que conocía. Esa mujer tenía la capacidad de sacarlo de sus casillas en cada ocasión en que sus caminos se cruzaban.

Era irritante, impertinente, deslenguada, descarada y todos los sinónimos que existieran para calificar su imperdonable comportamiento. En otras circunstancias la ignoraría por completo, pero su abuela parecía tenerle afecto y eso conseguía disuadirlo de ofenderla hasta el extremo de alejarla de su vista.

A pesar de sus escasos éxitos para llegar al altar, él sabía cómo tratar a una mujer, halagarla, hacerla sentir especial. Tenía experiencia en eso. Pero con Edith Bell se veía incapaz. Simplemente no podía. Una amarga bilis ascendía hasta su garganta cuando la ocasión requería comportarse con educación. En su presencia, sus modales tendían a desaparecer, al igual que el dominio de sí mismo. En alguna ocasión anterior, ella misma se había burlado de su ineptitud para comportarse como un caballero. ¡Burlado! Como si ella fuera un modelo de virtud.

¡Ja!

Definitivamente, era una arpía.

Quiso sacársela de la cabeza y volver al apacible estado en el que se encontraba antes de que la señorita Bell hiciera su aparición. Deseaba disfrutar de su vuelta a casa y nada ni nadie conseguirían alterarlo más.

Además, pocas horas antes había llegado una misiva de su querido amigo Jonathan, el cual le informaba de que tenía intención de pasarse a visitarlo.

Jeremy no atinaba a comprender cómo conseguía Jonathan acertar cuándo se encontraba en casa, pero lo cierto era que poquísimas veces erraba. También sabía a ciencia cierta que su llegada no estaba lejos. Allá donde fuera su amigo solía enviar las notas informativas poco antes de ponerse en marcha él mismo. Como también era habitual, la misiva no especificaba si su intención era la quedarse unos días o semanas, pero no importaba, sus visitas siempre eran muy bien recibidas.

Después de tomarse un considerable espacio de tiempo para bañarse y adecentarse descendió a la planta baja y dirigió sus pasos a la salita que su abuela utilizaba para recibir a las visitas informales. Tenía la esperanza de que la señorita Bell ya se hubiera marchado.

En cuanto cruzó la puerta, todos sus anhelos se vieron reducidos a cenizas. Edith Bell seguía acomodada tomando el té.

Maldijo su mala suerte.

Se acercó a la duquesa y le dio un cariñoso beso en la mejilla que ella retornó con una afectuosa caricia en la cara. A su derecha se hallaba sentada su dama de compañía, Leonor. La saludó con una inclinación de cabeza cortés. Cuando llegó el turno de Edith... Uf, no pudo más que fruncir los labios.

—Jeremy, querido, ¿por qué no te sientas a mi lado? —le pidió su abuela, a lo que este aceptó encantado—. Nuestra querida Edith ha traído galletas. ¿No es un detalle bonito?

Le alargó el plato en la que estaban dispuestas.

—Precioso —comentó con cierta ironía—. ¿Las ha hecho usted? —le preguntó al tiempo que mordía una.

Estaban buenas.

—Jeremy, qué ocurrencia la tuya —respondió la duquesa viuda sin dejar contestar a la mujer, que volvía a estar molesta—. ¿Para qué tiene a la cocinera y sus ayudantes de cocina, si no?

—Reconozco que no soy muy hábil en las artes culinarias —admitió —, pero poseo suficiente humildad para reconocer mis faltas —lo remató con una pequeña, recatada y falsa sonrisa.

—¿Acaso lo ha probado nunca?

—¿Y usted? —contraatacó—. Quizás sería capaz de deleitarnos con exquisitas creaciones y por no intentarlo nos estemos perdiendo algo de su talento.

Aquella idea era pura fantasía, insólito más bien, pero la duquesa tenía un gran sentido del humor y asumió las palabras de la joven como una inocente broma.

—No creo que comiera nada de lo que Jeremy hubiera preparado —objetó con una gran sonrisa—. Mi pobre estómago no lo resistiría. Por suerte, mi nieto ya posee suficientes talentos en los que destaca de forma admirable.

Jeremy sonrió con suficiencia ante las palabras de alabanza. No obstante, no concebía que la gente pensara que la señorita Bell era graciosa. Era del firme convencimiento que eso alimentaba su defectuosa personalidad. Y, aunque esta vez había comenzado él, había que recordar que a ella parecían encantarle sus escaramuzas verbales.

—Puedes respirar tranquila, abuela. No es un proyecto que me plantee a corto plazo... ni a largo, tampoco —comentó más serio que de costumbre mirando a las tres mujeres y preguntándose cuándo se marcharía la visita, ya que esta duraba más de lo que se consideraba de buen gusto. ¿Acaso no tenía casa a la que ir o era que allí no le prestaban atención?

Tan pronto lo pensó, supo que no era el caso. Al ser vecinos de toda la vida sabía muchas cosas sobre ella —demasiadas para su gusto—.

Había perdido a sus padres de pequeña —era de lo poquísimo que tenían en común— y desde entonces vivía con sus tíos, que la trataban con adoración.

—Será mejor que me marche ya —anunció la señorita Bell de repente.

El inesperado comentario fue recibido con diferentes grados de aceptación por los allí presentes. Consternación proveniente de las dos mujeres y alivio por su parte.

Edith, siempre atenta a todo lo relacionado con él, se sintió herida cuando se percató.

—Jeremy, querido. Sé un caballero y acompaña a la señorita Bell a su casa.

—Mucho me temo que no voy a poder, abuela. —Sus palabras estaban exentas de sinceridad—. Recuerda que estoy esperando una visita que puede llegar en cualquier momento. Seguro que la señorita Bell lo comprenderá. —Aunque desconocía si la joven tenía esa capacidad.

La duquesa viuda frunció el entrecejo ante tamaña grosería por parte de su nieto. Era un simple pretexto y se sintió avergonzada de que tanto Edith como Leonor lo notaran.

—No hace falta que se preocupen por mí —intervino Edith. Intentaba no sentirse afectada por el agravio y la desilusión que suponía verse rechazada de forma tan poco elegante y descarada—. He venido andando y puedo hacer lo mismo de vuelta.

—¿Lo ves, abuela? A la señorita Bell no le importa.

Tres pares de ojos lo miraron con el ceño fruncido y Jeremy optó por un prudente silencio.

—Gracias por la visita, y vuelve pronto —indicó la duquesa mientras recibía unos besos en la mejilla.

Edith se despidió también de Leonor y se limitó a inclinar con ligereza la cabeza cuando pasó delante de él. Jeremy no merecía nada más de su parte. Con dolor en el corazón —algo ya habitual estando

cerca de él— salió de la casa y se marchó, dejando a su paso un silencio que no tardó en romperse.

—Leonor, querida, creo que deberías dar un paseo —sugirió la mujer viuda—. Hace un día demasiado bello como para que lo pases sentada a mi lado.

—Oh, no me importa —aseguró la joven rubia.

—Lo sé, pero ahora que está aquí mi nieto aprovecharé para charlar un poco con él.

La dama de compañía, siempre discreta, asintió y cogió el chal. Tras una reverencia al duque salió por las puertas entreabiertas que daban al extenso jardín de la mansión, cerrándolas tras ella.

—¿Cómo has podido mostrarte tan grosero con mi invitada? —atacó la viuda mostrando su enfado.

—¿Y tú cómo puedes invitar a Stanbury Manor a una mujer... a una mujer... cómo ella?

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Acaso tengo que deletrearlo?

—Lo único que sé es que has sido maleducado con total deliberación y eso no te lo voy a consentir en mi casa.

—¿Tu casa? —Alzó las cejas, pues él, al ser duque, era el amo absoluto de todo lo que iba ligado a título.

—No te hagas el pomposo conmigo —lo riñó decepcionada—. Esta casa ha sido mi hogar desde que nací. Incluso antes de eso pertenecía a mi familia. Yo no tengo la culpa de que el mundo esté tan mal hecho que las propiedades recaigan en el hombre aun siendo de la mujer. Esta casa es solo tuya por pura casualidad.

—Tienes razón, abuela, no quería decir lo contrario. Esta es tu casa y puedes hacer en ella lo que te plazca, pero al menos acepta que puedo estar en desacuerdo con las amistades que eliges.

—Lo acepto, créeme, lo hago. No obstante, si la memoria no me falla, se te ha dotado de una educación que muchos desearían para sí. Si tanto te disgusta, lo mínimo que espero es que sepas disimularlo. Te

has excedido; y sin razón.

—No será para tanto. —No quería pensar que su abuela estuviera en lo cierto.

—¿Ves? —Alzó una ceja con majestuosidad—. A eso me refiero. No entiendo qué ha podido hacer Edith para que te muestres así.

Jeremy lo pensó con detenimiento y no encontró ningún motivo que explicase esa animadversión. Simplemente existía. Cuando iba a abrir la boca para tratar de explicárselo, un lacayo llamó a la puerta.

—Su Gracia, el carruaje del señor Wells acaba de llegar —anunció con voz grave y refinada.

—Jonathan acaba de llegar —se excusó con algo parecido al alivio—. He de ir a recibirle.

—Ve, pero recuerda lo inaceptable de tu comportamiento y que esta conversación no termina aquí.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Jeremy alcanzó la puerta principal y se detuvo en el umbral.

El cuadro que contempló, pintoresco de por sí, no dejaba de sorprenderlo a pesar de estar acostumbrado. Junto al carruaje se hallaba Jonathan con ese aire risueño que le caracterizaba. Iba totalmente despeinado, como si hubiera galopado junto al vehículo en lugar de ir en su interior. En cambio, su ropa estaba impoluta, sin una arruga apreciable. Como era su costumbre, hablaba con su personal doméstico como si fueran amigos de la misma condición y clase, mientras que, a su lado, un hombrecito con gafas farfullaba órdenes cual general. El punto más vistoso y extravagante era un pajarraco — con plumas azules y amarillas en todo su cuerpo— sostenido en el hombro derecho de su amigo. El animal era tan bello como escandaloso.

Jeremy conoció a Jonathan a los diecisiete años en un prestigioso colegio. Junto a él, Stephen St. John y Christian le Mer, pasó los mejores momentos de su juventud. Por desgracia, el título le exigía muchos sacrificios, por lo que su amistad con ellos había ido diluyéndose con el paso del tiempo exceptuando al allí presente que, por pura cabezonería, se había esmerado en mantener el contacto.

Era una suerte para él que Jonathan fuera más rico que cualquier mortal que se preciara. Aun sin ser par del reino provenía de una larga generación de emprendedores con una magnífica estrella sobre su cabeza. Tenía tanto dinero que se había convertido en un ocioso al que todo le divertía y fascinaba, pero que se aburría con más rapidez aún. Esta no era la primera vez que se alojaba en su casa, pero espaciaba las visitas por temor a que su estancia allí le hastiara. Era todo un personaje.

—¡Ahí estás! —Jonathan lanzó una sonrisa más grande, si cabe,

cuando le divisó. Dejó al criado con el que hablaba con la palabra en la boca y subió la escalinata en dos zancadas.

Se abrazaron, pero Jeremy tuvo que echarse hacia atrás para que el animal, que todavía seguía aferrado al hombro de su amigo, no le arrancara parte del pelo con su pico.

—Me alegro de tenerte aquí —le dijo con sinceridad.

—¡Aquí! —repitió gritando el pájaro.

—¡¡Chis!! —le regañó su dueño—. Compórtate como es debido. — Como si fuera capaz de entenderle, el animal se mantuvo en silencio.

—No sé cómo lo aguantas.

Era el eterno debate entre ellos desde que lo adquirió. Era un guacamayo impertinente y para nada sociable que, al parecer, siempre estaba comiendo. Llegaba a pesar casi un kilo y medio.

—Pues mejor que si fuera una mujer —respondió el otro sonriendo—. Además, me quiere de forma incondicional.

—Será porque lo alimentas.

—Quizás, pero algunas mujeres ni eso.

—No generalices así. Si te oye la Duquesa...

—Es verdad, se me había olvidado. ¿Cómo está esa adorable cascarrabias? —preguntó con evidente afecto.

—Como siempre. Atormentándome por esto o aquello. Veo que no has podido evitar traerlo. —Le lanzó una mirada al eterno acompañante de Jonathan, que en esos momentos revisaba con minuciosidad la descarga del equipaje.

—No sé muy bien qué haría sin él —afirmó tras un encogimiento de hombros—. Espero que no te moleste.

Jeremy se encogió de hombros.

—En absoluto. ¿Cuánto vas a quedarte? —quiso saber mientras se encaminaban hasta el interior de la mansión. La servidumbre y el señor Pickens ya se encargarían del resto.

—Quién sabe. Quizá hasta que te hartes de mí y me echas a patadas.

—Así que ese es el plan, ¿eh? —Enarcó una ceja, en absoluto molesto por su desfachatez. Le gustaba tenerlo allí.

—Por supuesto —le aseguró—. Pienso saborear todas esas delicias culinarias de las que tanto presumes y dormir hasta confundir el día y la noche.

Su tono solemne le arrancó una carcajada. Aquella era toda una declaración.

—Así que no has dejado a nadie esperándote en Londres —tanteó, pero su rostro se ensombreció y Jeremy se sintió mal por él—. ¿Tan mal están las cosas con Isobel?

—Peor que mal. Afirma que no quiere volver a verme en la vida —declaró con aflicción.

Jeremy no supo qué decir o hacer para reconfortarlo. Aunque sabía lo que significaba sentirse rechazado infinidad de veces, lo de Jonathan e Isobel era distinto. Su amigo llevaba años enamorado de ella, pero era un fruto prohibido. Primero porque se casó con su padre, y ahora que era viuda, Jonathan era incapaz de asimilar ese hecho. A pesar de quererla, sentía una inmensa rabia al pensar que había compartido una vida con otro, y que ese otro fuese, precisamente, su padre.

Trató de quitarle hierro al asunto, asumiendo que si de verdad quería hablar del tema, bien podría hacerlo cuando quisiera. Él no iba a presionarlo.

—Bueno, ahora que estás aquí, seguro que podrás relajarte y olvidar —lo consoló.

Era una historia triste con tintes dramáticos, para qué negarlo. Podía reconocerlo hasta él y eso que ya no se consideraba un romántico empedernido como en otros tiempos.

—Lo que necesito ahora es asearme y cambiarme de ropa, no sea que tu abuela me lance a la calle al poco de llegar. No estoy ni mucho menos presentable.

Eso no era cierto en ningún sentido. Su abuela sentía un entrañable afecto por Jonathan y jamás haría algo semejante con él. En cuanto a

su aspecto... Su amigo era un presumido incorregible.

Lo miró con atención y pensó que si él quisiera y no bebiera los vientos por una mujer en concreto, ya estaría casado. Era alto y delgado, pero sin llegar a resultar desgarbado, más bien esbelto. Su pelo era oscuro y ondulado y, aunque estaba muy despeinado, no le desfavorecía en absoluto. Complementaban el cuadro unos ojos verdes, herencia de su familia. Sin embargo, lo que más llamaba la atención en él era su eterna sonrisa, la cual lograba que cualquier fémica se dejara encandilar. Así que se podría decir que un hombre con su fortuna y su aspecto lo tendría fácil. El único obstáculo era Isobel.

—Charles te acompañará. —Señaló a un sirviente que esperaba a los pies de las escaleras—. Cenamos a las ocho —se apresuró a recordarle. Jeremy sabía lo mucho que tardaba en prepararse.

Poco antes de la hora establecida, Jonathan hacía acto de presencia en la biblioteca.

Acompañado de un lacayo entró en la estancia con un aspecto presentable, pero no lo suficiente para justificar el excesivo tiempo que había permanecido encerrado en su habitación.

—Georgette ha tenido una rabieta —dijo a modo de explicación—. Me ha costado convencerla de que ya había estado aquí antes y que le había gustado.

Que fuera con su guacamayo a todas partes le resultaba excéntrico a todo el mundo, pero que le pusiera nombre rayaba en lo ridículo. Además, su amigo afirmaba estar seguro de que era hembra, por eso lo del nombre. ¿Lo más bochornoso? Que la trataba como a una fémica más.

—Cuidado —le advirtió—. A veces pareces olvidar que no es más que un pájaro.

—Lo sé. —Suspiró con pesadez mientras aceptaba una copa de licor que el anfitrión le ofrecía—. Además, no soporta a casi nadie.

—Será por algo. Aunque creo recordar que la última vez que

estuviste en Stanbury Manor, Georgette mostró predilección por la acompañante de mi abuela.

La memoria de Jonathan pareció encenderse y recordó a la joven rubia y poco agraciada que acompañaba a la duquesa viuda a todas partes.

—Es cierto. Apenas intercambiamos un par de saludos corteses, pero Georgette siempre se mostró ante ella de lo más comedida. La última vez que estuve aquí recuerdo que pensé lo dulce y tímida que parecía. Todavía no entiendo cómo hace tan buenas migas con la duquesa.

—Puede que no sea la más bonita de las mujeres, pero estoy seguro de que no es tímida. Es bastante enérgica cuando conviene y mi abuela la adora.

—Pues juraría...

La llamada del lacayo informando de que la cena iba a ser servida le interrumpió.

—No te fíes de las apariencias —le recomendó Jeremy mientras se levantaba—. Al menos Leonor es consciente del decoro y consigue mostrarse en público digna y admirable.

Ese comentario llamó la atención de Jonathan.

—Has despertado mi curiosidad. Ahora no tienes más remedio que explicarte.

De camino al comedor, Jeremy pasó a relatarle los acontecimientos de ese mismo día con Edith. Los calificativos que le adjudicó consiguieron que el otro hombre le mirara de forma especulativa, mas este no se dio ni cuenta.

Ninguno de los dos sabía que, en lo venidero, el nombre de Edith pasaría a formar parte de sus vidas de forma constante.

* * *

Edith se alegró de haber seguido el consejo de su tía. Una cabalgata

por los campos vecinos era lo que sin duda necesitaba.

Después de varios días de obligarse a prescindir de sus habituales visitas a Stanbury Manor, estaba lo que podría denominarse «de los nervios». El aire libre le estaba sentando bien y sus ideas ya estaban aclaradas. Sí, Jeremy era el duque y el dueño del lugar, pero hasta que su abuela no dijese lo contrario, seguiría yendo como tenía por costumbre.

Hizo disminuir el trote de Melissa, su yegua, cuando divisó dos jinetes que venían hacia ella. Supo al instante quién era uno ellos, pero lo que más la sorprendió fue que se detuvieran. Notó la palma húmeda incluso a través del guante. Hasta ese momento había sido un paseo precioso y reconfortante y, aunque una parte de ella deseaba con fervor verle, la otra maldecía sin parar.

—Señorita Bell. —Jeremy fue el primero en hablar. Se arrepentía de haberse detenido. Hacer caso a Jonathan se había convertido en la peor idea de todas—. ¿Cómo está usted?

—Hasta ahora, bien —farfulló la aludida. Solo entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir. Todavía recordaba lo descortés que había sido él la última vez que se vieron al negarse a acompañarla, aun así, no quería que la tuvieran por una maleducada y grosera, así que soltó un «gracias» final.

—Lamentamos haberla molestado. Si desea permanecer a solas... —Jeremy apretó los dientes en un supremo esfuerzo por resultar amable a pesar de la respuesta ofensiva de ella.

—No, no, perdónenme por mi réplica. No quería decirlo así, solo que... —se sentía frustrada por no ser capaz de encontrar una respuesta razonable.

—Por supuesto que no quería decirlo. —Jonathan consideró que ya era hora de intervenir—. Con seguridad, la hemos sorprendido al aparecer así de improvisto.

Estaba siendo más que amable y Edith agradeció la ayuda de ese desconocido. En lugar de ofenderse, la había excusado. Solo por eso se

sentía predispuesta a que le cayera bien. Le lanzó una sonrisa un tanto insegura.

Era apuesto, aunque no tanto como su Jeremy.

«¿Mi Jeremy?» ¿Qué demonios estaba pensando?

Bueno, como el duque, se corrigió. La belleza del desconocido residía en cosas como sus brillantes ojos, su alegre y franca sonrisa y su tono risueño. Además, seguro que tenía buen corazón.

«¿Cómo puedes saberlo, tontaina?», se recriminó. «No hace ni cinco minutos que lo conoces».

De inmediato se percató del indiscreto codazo que este le lanzó al duque y de la expresión malhumorada del último.

—Ejem —carraspeó—. Esto... sí. Permítame presentarle al señor Wells.

—Vaya —protestó el moreno—, dicho así parezco más serio y terrible de lo que en realidad soy. —Acercó el caballo al suyo y le cogió la mano para besársela—. Llámeme simplemente Jonathan. Pasaré un tiempo alojado en Stanbury Manor y presiento que nuestros caminos se cruzarán a menudo.

Ahora, la sonrisa de Edith era más ancha y reconfortante.

«Casi parece que no sea tan fea», pensó Jonathan. «Casi».

—En ese caso, considero que lo correcto es que usted me llame Edith. Y será un placer encontrarlo de nuevo.

—El honor será mío, señorita. Créame.

Entretanto, Jeremy pensaba que ambos se estaban pasando de castaño oscuro. No entendía cómo su amigo había simpatizado con ella de forma tan rápida. Aunque hablaba con esa franqueza a todo el mundo, lo conocía bien y sabía que solo pedía que lo llamaran por su nombre de pila si su interlocutor le caía bien de inmediato.

No lo entendía. De verdad que no lo entendía. Le había estado hablando de ella y relatado todas las cosas horribles que ella le había espetado. Incluso cuando la reconoció a los lejos y se lo dijo, él insistió en detenerse para conocerla. ¡Detenerse! ¿Acaso no podía esperar una

ocasión más propicia? Y para más inri, ella solo se había mostrado grosera al principio, con él claro. Con Jonathan hablaba de forma civilizada e incluso reía. ¡Reía!

A Jonathan, en cambio, le estaba resultando más que obvio que Edith no era la salvaje deslenguada y carente de toda educación y modales que Jeremy le había hecho creer. Que existía una palpable animadversión entre ambos estaba claro. Solo había que recordar el inapropiado saludo que esta le había dedicado nada más plantarse ante ella.

Lo extraño del asunto era que su amigo no se había planteado ni por un segundo que él tuviera parte de culpa en la forma en la que esa mujer se comportaba. Y si lo hubiera hecho, habría sido descartado en el acto.

Ese mismo día, por ejemplo, y después de dos días de puro aburrimiento autoimpuesto y oyendo hablar a diestro y siniestro de la famosa Edith, supuso que una cabalgata no le haría mal a su amigo ni a él mismo. No era la idea que tenía Jonathan de un merecido descanso, pero aun así había tenido que utilizar gran parte de su ingenio para convencer a Jeremy de la idoneidad de hacer ejercicio. Y, aunque finalmente lo llevó a recorrer los campos, no había tenido más remedio que escuchar sus quejas durante todo el trayecto, que duraba dos horas ya. Encontrarla había sido tanto una suerte como una bocanada de aire fresco. Y sí, era fea, pero con sinceridad: había visto cosas peores.

—Bueno, creo que es hora de despedirme —expresó ella cuando consideró que la parada había durado más de lo necesario. Era una solterona, pero no iba a permitir las habladurías malintencionadas por haber pasado demasiado tiempo en compañía de hombres solteros—. Hace demasiado tiempo que salí de casa y mis tíos se preocupan en exceso.

No era demasiado cierto, pero ambos lo creyeron así.

—Es una lástima —respondió Jonathan—. Espero poder verla pronto.

Hubo un intercambio de corteses inclinaciones de cabeza y se separaron.

Jeremy, que casi no había abierto la boca en todo ese tiempo, se limitó a lanzar un gruñido en lugar de una despedida adecuada.

Nadie le prestó la más mínima atención.

* * *

Al día siguiente por la tarde, Edith se permitió volver a visitar a la duquesa viuda y esta la recibió como siempre, entre abrazos.

—Hace algunos días que no te veíamos. Te hemos echamos de menos —arguyó—. ¿Cierto, Leonor?

—Por supuesto. —La mujer levantó la vista de la taza de té que servía y sonrió.

La duquesa viuda, como siempre, vestía de riguroso negro, en memoria de su difunto marido, una nieta y su yerno. Su cabello cano, partido por la mitad y recogido en un moño bajo, se hallaba sujetado con una peineta. Las manos iban cubiertas por guantes negros de encaje sin dedos, un complemento del que nunca prescindía.

Leonor, en cambio, lucía un sencillo pero favorecedor vestido violeta con finas tiras verticales y detalles dorados en puños y cuello. Como siempre, su pulcro cabello rubio exhibía un peinado distinto del día anterior. La acompañante de la duquesa era muy hábil con las manos.

A pesar de las evidentes diferencias, la edad y la condición social, las tres se comportaban como si fueran amigas de toda la vida. Entre ellas, Edith se sentía como en casa.

La duquesa fue directa al grano, algo habitual en ella.

—Has conocido a Jonathan, según tengo entendido.

Edith no se sorprendió lo más mínimo.

—Sí, ayer mismo.

—Habló maravillas de ti —informó mientras pinchaba con el

tenedor pequeños bocados de fruta que Leonor le había servido en un platito.

«Desearía que también Jeremy lo hubiera hecho», pensó Edith con pesar.

—Oh, es un hombre muy simpático —manifestó, en cambio.

—¿Te gusta?

La pregunta no debió de sorprenderla, pero de todos modos lo hizo.

—No creo que pueda emitir un juicio de esa magnitud teniendo en cuenta lo poco que hace que lo conozco.

—No te estoy pidiendo que te cases con él, niña —apuntó desestimando la respuesta—, solo si el hombre es de tu agrado.

No tuvo tiempo de responder. Un repentino ataque de tos por parte de la mujer mayor interrumpió cualquier intención de continuar con la conversación. La duquesa acababa de ingerir una uva que no tuvo tiempo de masticar y quedó atascada en su garganta.

Al instante, Leonor le pasó la taza de té para que ayudara a deslizar el alimento, pero no pareció funcionar.

La tos se volvió más violenta y el rostro, otrora de un saludable rosado, empezó a adquirir un tono blanquecino.

Al instante se hizo evidente que el atasco impedía que la duquesa consiguiera hablar y respirar con normalidad, por lo que tanto Leonor como ella se levantaron dispuestas a ayudar. La mujer se llevaba las manos la garganta mientras sus mejillas, frente y cuello pasaban de una palidez excesiva a un tono azulado.

Se asustaron muchísimo.

A gritos, Edith llamó a los criados que entraron raudos. Mientras la duquesa se ahogaba ante todos los impotentes presentes que no sabían cómo hacerle salir la fruta atascada, Edith, calibrando opciones y en una acción desesperada, se colocó a su espalda y aplicó algunos golpes secos con el talón de la mano en medio de la espalda, entre los omóplatos.

En un abrir y cerrar de ojos la duquesa, por fin, expulsó el alimento

para alivio de todos los presentes. Que la duquesa respirara de nuevo supuso un inmenso alivio. No obstante, a causa de la impresión, a Edith le temblaban las piernas.

Medio desmayada y sin fuerza alguna, la subieron a su habitación y el médico fue mandado llamar.

Cuando llegó hizo salir a Leonor, que se sentó junto a Edith fuera de las estancias personales de la duquesa. Edith no había pasado tanto miedo en su vida, pero la acompañante también había padecido lo suyo, y el color la había abandonado. Ambas estaban cogidas de la mano y todavía temblando cuando apareció el duque seguido de su amigo.

Al pasar por su lado como una exhalación, Edith sintió una tremenda pena por él. Su torturada expresión lo decía todo.

Jonathan permaneció con ellas durante unos minutos. Les preguntó qué había sucedido y trató de sosegar a ambas con diligencia. A pesar de los esfuerzos del caballero, Edith seguía angustiada y solo pudo respirar con tranquilidad cuando el médico salió y les confirmó que la duquesa estaba a salvo, pero que necesitaba descanso.

Fue entonces cuando decidió regresar a casa. Su presencia ya no hacía falta.

—Volveré mañana para ver cómo sigue —le comunicó a Leonor. No estaba segura de haber sido escuchada.

Sus tíos, como era de esperar, se quedaron estupefactos al oír la noticia.

—Pero, ¿está bien? —La tía Cecile necesitaba una confirmación, puesto que la duquesa viuda era muy querida.

—Eso dijo el médico.

Aquella conversación prosiguió durante las siguientes horas y en la cena todo el pueblo lo sabía ya.

Como los hechos eran demasiado recientes como para visitar Stanbury Manor, se decidió que al día siguiente irían a la mansión para

mostrar su preocupación.

Precisamente su tío Robert acababa de comunicárselo cuando una de las doncellas entró al comedor para avisarles de una visita.

—El duque de Dunham desea hablar con la señorita Bell.

Desconcertados, ordenaron que fuera conducido a la pequeña habitación que su tío utilizaba tanto de biblioteca como de despacho. Con el corazón en vilo, Edith se reunió con él.

—¿Le ha ocurrido algo malo a la duquesa? —preguntó con inquietud nada más traspasar el umbral de la puerta. No encontraba otro motivo para que su amado en persona apareciera en su casa.

—No —respondió con dificultad—. Le duele la garganta por el esfuerzo, pero por suerte se recuperará.

Iba despeinado y ni tan siquiera llevaba sombrero, pero a ella le parecía que, pese a todo, era el más apuesto de los hombres.

—¿Entonces? —indagó.

Sin esperarlo siquiera, Jeremy se adelantó y la envolvió en un abrazo.

Boquiabierta, Edith jamás habría pensado que un abrazo pudiera llenar cada rincón de su cuerpo. Sentía que, en lugar de estrechar su cuerpo, estaba estrechando su alma.

A través de las ropas notaba el cuerpo de él, su calor y firmeza. En el silencio de la estancia le parecía oír su propio corazón latir a un ritmo desenfrenado mientras lágrimas de emoción pugnaban por salir de sus ojos.

Antes de hacer el completo ridículo, se armó de valor y lo empujó con suavidad para indicarle que debían separarse. Si el abrazo llegaba a durar un minuto más, no se sentía capaz de responder por sus acciones. Tal vez levantaría los brazos y lo besaría con osadía. Sí...

«¡Detente!», tuvo que ordenar su voz interior. Era inaudito que ella pensara en lanzarse a sus brazos para besarle. En cuestión de segundos, y gracias al cielo, sus peligrosos pensamientos disminuyeron de intensidad.

—Señorita Bell... —Jeremy se separó e intentó recuperar la compostura.

—Edith —rectificó ella de forma inmediata. No había manera de imponer formalismos después de ese momento tan íntimo.

—Señorita Bell —insistió él—. Mi más sincera disculpas si la he incomodado con mi repentina muestra de afecto.

Sin tener en cuenta lo afligida que se sentía por la insistencia de Jeremy en seguir manteniendo las distancias, lo miró con cierta incredulidad.

«¿Afecto? ¿Eso era afecto?», pensó perpleja. ¿Cómo se mostraría entonces con alguien a quien le profiriera devoción eterna?

—Yo..., esto... —se limitó a balbucear. ¿Cuál era la respuesta correcta a eso?—. Si supiera el motivo... —No se atrevió a continuar.

—Sí, lo siento. —Parecía contrito—. Quizás debería haber empezado por ahí. He venido para expresar mi enorme gratitud por su heroico comportamiento.

¿Comportamiento? ¿Heroico? ¿De qué estaba hablando, por el amor de Dios?

—No entiendo.

—No es necesario ser modesta —aseguró—. Todo mi personal doméstico lo ha corroborado. Hasta el médico me ha asegurado que sin su intervención mi abuela no lo hubiera resistido.

¿Toda esa escena venía a cuento de que él creía que había salvado a su abuela? No sabía si sentirse halagada o decepcionada por ello.

—No tiene nada que agradecer. Ha sido la suerte, nada más. —Lo creía de verdad.

—Quizás —concedió—, pero tal vez, si usted no hubiera estado allí...

Ambos sabían a qué se refería.

—Yo solo quería salvara —confesó en voz muy queda.

—Lo sé. —Su voz ronca delataba el sufrimiento por el que había

pasado—. Por eso quería expresarle mi máximo agradecimiento asegurándole que si en algún momento necesita de mi... —Carraspeó al darse cuenta de cómo podría malinterpretarse eso—. Es decir, si necesita de mi ayuda de la forma que sea, no dude en decírmelo.

—No es necesario —protestó Edith. Solo faltaría que pensara que la ayuda que le había prestado a la duquesa viuda había sido con la intención de sacarle algo.

—Sí, lo es. —Su firmeza no dejó lugar a dudas—. Estoy en deuda con usted.

A Edith la invadió la tristeza al pensar que su relación con Jeremy se viera reducida a eso: un favor.

«¿Acaso pensabas que sería de otro modo?».

Era una tontaina por mantener una simple esperanza. ¿Quizá no prefería la especie de tregua que él le ofrecía a esa lucha dialéctica que mantenían cada vez que se encontraban?

Pero su corazón anticuado y romántico seguía anhelando que Jeremy la mirara de otra manera; que viera en ella alguien de quien poder enamorarse. Conformarse con menos era como morir un poco.

Ante su silencio y sin nada más que decir, Jeremy debió de considerar que la carga ya se había disuelto y que allí estaba de más, por lo que se despidió de forma rápida y desapareció en la noche con la misma premura con la que había llegado.

—Ni tan siquiera se ha despedido —oyó quejarse a su tía mientras esta permanecía en el quicio de la puerta mirando la estela de polvo que caballo y jinete habían levantado en su prisa por irse.

—Maleducado —murmuró por lo bajo, enojada.

Nada había cambiado. Las cosas seguían tal y como siempre habían estado.

En caso de haber sabido los pensamientos que ocupaban a Edith, Jeremy, que galopaba de vuelta su casa, la habría contradicho. Cargaba un peso menos en su espalda, pero había aparecido un inconveniente con el que no contaba.

La tarde avanzaba inexorable cuando un sirviente, con un evidente estado de ansiedad y falta de aliento, les había encontrado a él y a Jonathan. Cuando le dio la noticia, lo único que alcanzó a pensar fue que quizá había visto con vida a su abuela por última vez aquella mañana en el desayuno. Solo cuando comprobó, con alivio, que la duquesa seguía con vida y el médico le aseguró que todo había pasado, pudo respirar con normalidad.

Incluso ahora, si lo rememoraba, sus ojos se anegaban en lágrimas. Ella era la única que le quedaba. Tenía parientes cercanos como una tía y una prima, sí; no obstante, la relación que tenía con ellas palidecía si se comparaba con la que mantenía con su abuela. Ella era más que eso: era casi su madre.

Pensar en perderla lo ponía frenético. Hasta ese momento, incluso a su avanzada edad, nunca había imaginado que el fin podía estar cerca. Le quedaban muchos años para seguir dando guerra.

Fue Jonathan el que le explicó quién había mantenido a su abuela entre los vivos. Leonor y el resto de sirvientes que hablaron con él lo confirmaron. Decir que se sintió sorprendido fue poco en comparación con su reacción. Incluso ahora se lamentaba, ¿por qué ella?

Sí, era un pensamiento mezquino y egoísta teniendo en cuenta que la señorita Bell había sido la salvadora de la persona que más quería en el mundo, pero incluso así, se le había pasado por la cabeza la capacidad tan desagradable que tenía esa mujer de introducirse en su vida. Sí, definitivamente, *mujer*.

Reconocía que había actuado movido por un impulso. Las emociones todavía se hallaban a flor de piel cuando se dejó llevar por el infortunado impulso de abrazarla. Era ahora cuando se permitía recordar el blando y tibio cuerpo amoldado al de él. Su aroma fresco incluso a esa hora intempestiva del día. También cómo se sentía al tener sus pechos aprisionados, rozándole.

La imagen evocada le desconcentró hasta el punto de casi chocar contra una rama baja. El caballo protestó cuando tiró con brusquedad de las riendas.

—Lo siento —masculló.

El pobre caballo no tenía la culpa de nada, pero por Dios, ¿por qué había pensado en los pechos de la señorita Bell siquiera? Era fea, aunque ese no fuera su peor pecado. Esa mujer tenía una forma de ofenderle que rayaba en lo absurdo. Hubiera debido aprovechar la ocasión y preguntarle el porqué de su antagonismo, ya que con Jonathan no lo había percibido.

¿Sería él la causa? Sonrió solo de pensarlo. ¡Qué ridiculez! Por supuesto que no.

Dejó el animal en las cuadras y se dirigió con rapidez hacia la casa. Una vez en ella, le sorprendió notar el silencio reinante. Un escalofrío le recorrió y se dirigió con premura a la habitación de su abuela entrando sin llamar.

La duquesa viuda estaba incorporada en la cama con la ayuda de un sinfín de almohadones. Había sido interrumpida en uno de esos incesantes interrogatorios de los que tanto le gustaba alardear, mientras su dama de compañía estaba sentada de forma elegante en una silla a su lado derecho, escuchándola. Su amigo Jonathan se hallaba a los pies de la cama. Su sonrisa era extraña cuando lo miró.

—Buenas noches. —Paseó la mirada por los tres integrantes de la habitación. Sentía alivio por que todo estuviera bien, pero la forma en que lo miraban lo ponía algo nervioso. Demasiada excitación—. Por un momento pensé que había ocurrido algo. —Se acercó a su abuela para

besarla en la mejilla y se sentó a su lado, en la cama—. La casa parece... —se detuvo.

—Un velatorio, ¿verdad? —terminó Margaret por él—. El personal todavía está algo asustado por lo de hoy. —Ella, en cambio, parecía como si no hubiera pasado por semejante trance—. Van de puntillas para evitar molestarme. Son adorables.

Si lo creía así... A él ese silencio le parecía claustrofóbico.

—¿De qué hablabais? —preguntó en general para distraerse. No es que tuviera demasiada curiosidad.

—Oh —la respuesta vino de Jonathan—. No te lo vas a creer. —La extraña sonrisa volvió a asomarse de nuevo.

Leonor permaneció impasible y por eso miró a su abuela en busca de información.

—Claro, querido, no lo sabes. —Esta le dio unas palmaditas en la mano—. Tu amigo Jonathan ha decidido casarse.

Por un segundo el mundo pareció detenerse.

Sorprendido por semejante anuncio, Jeremy abrió la boca y volvió a cerrarla. ¿Casarse? ¿Jonathan? No lo dijo en voz alta, pero su incredulidad era patente en cada una de las partes de su cuerpo.

—Pues es una sorpresa que no haya oído ninguna noticia sobre ello antes.

—No te enfades, Jeremy. Estamos muy contentas de que haya elegido a alguien a quien queremos tanto. No vengas a fastidiárnoslo con tu pésimo humor.

Si momentos antes se sentía sorprendido, ahora tenía escalofríos de terror. Y no se consideraba preparado para entender por qué.

—¿La conoces? —preguntó. Su abuela decidió no contestar y un increíble presentimiento se cernió sobre él—. La conoce, ¿verdad? —Ahora se lo preguntaba a Jonathan directamente. Nadie dijo nada, todos se quedaron como a la espera—. ¡Respondedme! Quiero oír su nombre.

Fue Leonor quien, al final, pronunció el nombre que Jeremy temía.

—Edith.

* * *

Minutos antes de la llegada del duque, en esa misma habitación.

Jonathan, en ausencia de su amigo y aburrido por tener que soportar las quejas del señor Pickens, decidió que lo más acertado sería ver si podía visitar a la duquesa.

Cuando un enérgico «entre» traspasó la puerta de acceso del dormitorio en el que la duquesa descansaba, no temió ni por un momento en su salud mental. Lástima que no recordara todos los buenos consejos que su amigo le había referido sobre ella. Sí, ya la conocía bastante bien. Además, ¿qué podía hacer una mujer mayor como ella, que encima acababa de rozar las puertas celestiales?

—Su Gracia. —La saludó con todas las ceremonias aun sabiendo que a ella no le gustaba que lo hiciera. Después inclinó la cabeza en dirección a su joven acompañante y le guiñó un ojo.

—Jonathan, muchacho, ¿qué te trae por aquí? El aburrimiento, sin duda.

—Eso, y el deseo de saber de su estado.

—Bah, ya ha pasado todo. Al parecer he asustado a más de uno, ¿verdad, Leonor?

—Así es, señora. —Solo ella podía dirigirse a la duquesa con ese calificativo tan poco adecuado a su cargo—. Le encanta ser el centro de atención.

Esa respuesta algo irrespetuosa no ofendió a la duquesa viuda, sino todo lo contrario. Jonathan sabía que esta esperaba total sinceridad por parte de los más cercanos a ella y, como ya había comprobado con anterioridad, la señorita Price estaba entre ellos. Era una relación curiosa, la de ellas dos.

—Por supuesto que sí. Así no la olvidan a una —se jactó como si el atragantamiento hubiera sido deliberado—. Pero, siéntate. Ahora que

estás aquí y, en ausencia de mi nieto, me siento en disposición de hablar con total libertad. —No pareció importarle la presencia de Leonor, que estaba sentada a su lado.

Este la observó detenidamente tratando de averiguar qué se traía entre manos. No conocía a la duquesa viuda tan en profundidad como Jeremy, pero algo estaba tramando y picó su curiosidad. ¿Qué sería de la vida sin secretos y misterios? Un completo tedio.

—La escucho.

Jonathan miró también a la señorita Price. Era muy cercana a la duquesa, por lo que seguro estaría al tanto de lo que pretendía decirle. No obstante, ella permanecía inmutable. Esa mujer era un misterio que en un momento u otro pretendía resolver.

—Permíteme que dada mi edad sea franca y directa —comenzó diciendo.

—Por supuesto —le concedió con una sonrisa velada.

—Buen, muchacho. —Asintió complacida—. Es bien sabido el desafortunado gusto de mi nieto para elegir a su prometida.

Jonathan pensó que aquello era quedarse corto. Fuera la mujer que fuera, Jeremy siempre acababa como un gato escaldado.

—Entiendo.

—No creo que lo hagas, querido, pero no importa. He estado pensando largo y tendido sobre este complicado asunto y al final, las circunstancias me obligan a interceder.

—Usted tiene la candidata perfecta —adivinó. El rostro de sorpresa de la anciana le indicó que estaba en lo cierto y no pudo más que sonreír sin reservas. Aquello se ponía de lo más interesante.

A pesar de ser muy joven, seis años atrás su amigo llegó al altar para desposarse con Amery, aunque ella terminó abandonándolo en aquel mismo instante. Trató de consolarse con Camile, pero ella terminó prefiriendo a otro. Tanto Francesca como Gertrude resultaron ser un estrepitoso fracaso, por lo que sabía que en algunos círculos de Londres hacían mofa de su mala suerte. Incluso se había representado

una obra teatral inspirada en sus infortunios, pero Jonathan no podía más que compartir su pena. Era por eso que Jeremy llevaba más de tres años apartado de los bailes, recepciones o de las veladas musicales, pero, sobre todo, se había apartado de las mujeres.

Era extraña su mala suerte. Jeremy, que desde su juventud había tenido una idea romántica del matrimonio, no era capaz de llegar a él.

—Eres un chiquillo listo —comentó la duquesa con admiración—. Resulta que he encontrado una muchacha perfecta para él: encantadora, servil, de gran corazón y a la que quiero como a una hija.

—¿Y cuál es el problema? —Porque debía haber uno. De otro modo no habría recurrido a él.

—No lo sé. —Un deje de frustración se escurrió entre sus palabras—. Ella es maravillosa...

—Margaret... —la reprendió entonces su dama de compañía.

Jonathan estaba llegando a sentir admiración por esa mujer que conseguía regañar a una de las damas con más poder del país sin siquiera pestañear. Y con su nombre de pila, además.

—Está bien, está bien. La muchacha no es bonita, ¿y qué? Tampoco lo era Camile y él quiso casarse con ella.

Él no conocía en persona a la famosa Camile Fullerton, pero por lo que sabía, había sido la más fea de las cuatro candidatas que optaban al corazón de Jeremy.

—¿Es más o menos bonita que Camile?

La condesa se quedó callada.

—Menos. —Leonor terminó respondiendo por ella.

—Ya —murmuró por lo bajo. Entonces y solo entonces recordó a la joven que le fue presentada a regañadientes y por el que su amigo sentía un auténtico rechazo.

—¿Estamos hablando de la señorita que la salvó de ahogarse? A... no recuerdo su apellido.

Leonor, siempre pendiente, respondió de nuevo.

—Bell. La señorita Edith Bell.

Quizás la muchacha fuera de lo más especial, no lo ponía en duda, pero si a su amigo no le resultaba atractiva, no iba a fijarse en ella, ya que en los últimos tiempos le había comunicado que abandonaba la idea del matrimonio.

Debería tratarse de una candidata endiabladamente excepcional para hacerlo cambiar de opinión. Pero si encima ya la aborrecía, de allí solo podía surgir un desastre.

—Están hechos el uno para el otro, lo sé —intercedió la duquesa tratando de convencerle.

Jonathan tragó saliva, meditando sus palabras. Lo último que quería era desilusionar a la duquesa. También había que decidir si debía o no advertir a su amigo.

—No puede inmiscuirse en la vida de los demás. —Le hizo ver con todo el tacto posible.

—¿Ni siquiera en la de mi nieto? —le replicó—. Sé lo que me hago. Además —volvió a dirigirse a él—, una adivina me lo confirmó.

—¿Cómo?

Parecía ser que su dama de compañía no estaba enterada de ese pequeño detalle. Por un instante pudo ver reflejado en sus ojos un atisbo de sorpresa que le fue imposible esconder, pero al instante volvió a su habitual postura serena y sosegada.

Jonathan no pudo disimular su escepticismo. Una mujer de su categoría no podía creer en esas bobadas. Le daba igual que hubiera leído el destino en sus manos, en una bola de cristal, en las cartas o hablado con el más allá.

—¿Qué le dijo con exactitud? —preguntó dispuesto a refutar su teoría.

—Me aseguró que Jeremy acabaría casándose con una muchacha cercana a él, que ya conocía y a la que yo quería muchísimo.

—¡Esa podría ser cualquiera! —exclamó sin poder evitarlo—. En cualquier caso, si usted cree que están predestinados, ¿por qué

inmiscuirse?

Pareció dejarla sin argumentos y por un instante reinó entre ellos un sepulcral silencio. Aunque la conversación le producía cierto divertimento, le incomodaba hablar de ello con la abuela de Jeremy.

—No lo hago —se defendió—. Solo trato de acelerar las cosas con, digamos, un empujoncito. Bueno, ¿vas a ayudarme o no?

—¿No le preocupa el antagonismo que hay entre ambos? ¿O que no consigue que ninguna mujer se quede a su lado?

—Bien, como decía, tengo ciertos problemas para unir a mi nieto con Edith y por eso me iría bien un poco de colaboración por tu parte. Solo quiero que conozcas a la muchacha y hables bien de ella ante Jeremy, porque es muy terco y se niega a ver lo bueno que hay en su interior. Piensa que es una deslenguada y que sus modales dejan mucho que desear.

—¿Y eso es cierto? —Pensó en su breve encuentro y consideró que, en lo que respectaba a su trato con Jeremy, había muchísimas cosas por pulir. En cambio, el trato que recibió él mismo fue distinto.

Arrugó la frente. Quizás había que preguntarse el por qué.

—Para nada. Ella es un ángel. O lo es con todos menos con él. Tiene que haber algo oculto que los mueve a comportarse así.

—Puede ser. —Ese era un buen punto, si bien podían existir más detalles, como por ejemplo, que se dejara influenciar por las apariencias o por cualquier cosa absurda que a Jeremy se le ocurriera.

Estaba en un serio aprieto ya que, con su ayuda o sin ella, esa mujer estaba decidida a casar a ese par.

Jonathan tuvo que hacerse diversas preguntas en un intento por poner orden a aquella disparatada idea. ¿Era descabellado tratar de unir a dos personas tan desiguales que ni siquiera se soportaban a simple vista? ¿Era correcto inmiscuirse en sus vidas? ¿Terminaría eso con la amistad que tenía con Jeremy?

A pesar de sus recelos del principio, tuvo que admitir que empezaba a pasárselo en grande. Y así, de repente, se le ocurrió la idea más

brillante de toda su vida. Una idea que enloquecería a la duquesa por lo rebuscada, traviesa... e inteligente que era.

Sí, era un genio de las intrigas. Un genio total.

* * *

—Estáis locos; por completo. —La abrupta afirmación salió de los labios de Jeremy en cuanto le explicaron los hechos.

Unos hechos modificados, por supuesto.

Leonor, haciendo gala de una absoluta discreción, había desaparecido en cuanto le dijo el nombre de la elegida por Jonathan. Ahora se encontraba con él y su abuela tratando de discernir si le estaban gastando una broma absurda o si, por el contrario, eran dignos pacientes de *Bedlam*.

Todavía le costaba digerir la idea de que su amigo Jonathan quisiera casarse. Lo de Isobel era todavía muy reciente, pero incluso si llegara a decidir hacer borrón y cuenta nueva, la escogida era...

¡Edith era demasiado impetuosa, tozuda, problemática y, bueno, todo! No era mujer para él. Además, era fea, aunque eso no tenía que significar un problema real. No se imaginaba a esos dos yaciendo en la cama. Pensándolo bien, no se los imaginaba haciendo nada. Ya le dolían los ojos solo de intentar visualizarlo.

«Es divertida», había afirmado el muy insensato cuando le había preguntado qué diantres le había llevado a pensar en ella como futura esposa después de un solo encuentro.

Si ese era el único motivo por el cual quería unirse a ella de por vida era que su amigo se dejaba llevar por el aburrimiento hasta límites insospechados.

Quería casarse con Edith. ¡Dios, qué locura! Y lo peor de todo era que su abuela le apoyaba; en todo.

Ah, pero lo más aberrante era cómo pretendían conseguir que ella aceptase. No solo era insulto en toda regla, sino que una mujer que se

preciara no accedería por nada del mundo.

Era el plan más macabro que había escuchado en su vida.

—¿Ni tan siquiera lo pensarás? —El mohín de su abuela no le enterneció ni lo más mínimo.

—Sois unos completos mentecatos. ¿Acaso no veis cómo me ofende?

Jonathan no se había movido del poste de la cama. Todavía mantenía esa estúpida sonrisa, que por cierto, le encantaría borrar de un plumazo.

¡Maldita sonrisa!

—Eso será porque no te permites pensar con claridad. Si te detienes a reflexionar...

—¿Reflexionar, dices? —lo cortó iracundo.

Esas dos personas representaban lo que más quería en el mundo y ambas trataban este tema como algo sin importancia, cuando, en lo más hondo, lo hería.

Según aquel par, el plan expuesto era la mar de sencillo. Como su historial con las mujeres solo servía para alejarlas de su lado y emparejarlas con otros, eso aseguraba el éxito de Jonathan. Así pues, Jeremy debía cortejar a la señorita Bell a la par que su amigo. Tanto él como su abuela estaban convencidos de que aquella sería la solución para que Edith se lanzase en brazos del, como habían dicho, «hombre adecuado».

Al parecer no se habían dado cuenta de que Jonathan no era el hombre adecuado para Edith y que su petición lo humillaba. Y así mismo se lo había hecho saber.

—¿Cómo sabes tú qué hombre es el adecuado para ella? —le había respondido de forma perspicaz su abuela.

Jonathan seguía esbozando esa estúpida e hiriente sonrisa.

—Solo queremos que lo medites —propuso este, con voz anormalmente seria.

Los miró a los dos y sintió que no podía aguantar más. Sería un buen

palo para ellos si fuera corriendo a contárselo a Edith. Seguro que les echaría una buena reprimenda y su indignación daría al traste con sus planes. Una pena que no se atreviese a hacerlo.

—Lo pensaré —dijo al fin, sin un ápice de convencimiento—. Ahora, creo que, con vuestro permiso, necesito descansar de tantas sorpresas.

Y abandonó la habitación.

—Es una verdadera pena hacerle esa jugarreta —apuntó Jonathan, en un deje de culpabilidad.

—Lo hacemos por su bien.

—Pero se muestra tan dolido... Yo sentiría lo mismo.

—Era necesario, muchacho. Tú mismo lo has dicho. Por cierto que ha sido brillante hacerle creer que ese fingido cortejo acercará a Edith a tus brazos.

—¿No lo cree usted así? Piense en todas las oportunidades perdidas.

—Bah. —Desechó con una mano semejante comentario—. Eso solo sucedió porque no eran las elegidas. Esta sí lo es. Cuando empiece a conocerla, no podrá evitar enamorarse de ella.

—¿Y si lo hago yo de ese dechado de virtudes?

—Espero que no hagas algo tan tonto como eso —lo amonestó con el dedo.

—Yo también lo espero —aseguró—. Recemos para que ella vea en Jeremy al hombre ideal.

—No te preocupes. —Sonrió con extrema satisfacción—. Lo verá.

* * *

Tres días más tarde y ajena a todos los planes que la incluían, Edith se despidió de su tío, pues tía Cecile estaba en una reunión de mujeres del pueblo dispuestas a planear los eventos de caridad de los próximos meses.

Cogió su bonete y se ató el lazo púrpura del abrigo dispuesta a

caminar el recorrido que la separaba de Stanbury Manor, tal como era habitual en ella.

Esa misma mañana había recibido una carta de la duquesa viuda que la invitaba a merendar en el jardín. Sorprendida, se había apresurado a garabatear con rapidez una respuesta afirmativa para que el mismo mozo que la había traído la llevase de vuelta.

A esas alturas de su vida se podría decir que había merendado con ella y Leonor en multitud de ocasiones, pero todas las veces habían surgido de forma espontánea mientras estaba en la casa de visita. Jamás se le había hecho llegar una invitación formal y se preguntó, no por primera vez, el motivo que la había ocasionado.

«¿Su gesto tendrá que ver con la idea de que le he salvado la vida?», pensó mientras se desviaba del camino principal. Aquella mujer no hacía nada por puro azar.

Al llegar, el lacayo que abrió la puerta la hizo cruzar toda la casa hasta la parte posterior.

—Están en el Jardín del Cisne —le comunicó en cuanto preguntó a dónde se dirigían.

Dicho jardín estaba situado en la parte más oriental de la propiedad, un poco alejada de la mansión, pero lo suficientemente cerca como para no perderla de vista. Edith había estado ahí mucho tiempo atrás, cuando solo era una niña. Apenas contaba con ocho años, pero todavía recordaba el pequeño lago, donde unos blancos y elegantes cisnes de piedra, los cuales daban nombre al lugar, se mantenían en el centro de las aguas y parecían nadar con una etérea majestuosidad. Los arbustos que lo rodeaban casi por completo le conferían una intimidad invitadora.

Era la primera vez que se organizaba una fiesta en la mansión tras la muerte del anterior duque, el padre de Jeremy. Era como si su abuela, Margaret, hubiera permanecido en un profundo luto por un periodo de diez años.

—Su Gracia la espera. —El lacayo se inclinó ligeramente y se

marchó de nuevo a la mansión.

A orillas del lago había una gran manta dispuesta. En ella, Leonor y la duquesa disfrutaban de una amena charla. Ambas sonrieron cuando la vieron acercarse; la primera con más reserva de la habitual.

—¡Cuánto nos alegra verte!

Edith se mostró aliviada de que tuviera tan buen aspecto. Una jamás pensaría el atragantamiento que había padecido. Le besó la mejilla en un gesto de afecto que esta le permitía desde hacía tiempo.

—Celebro verla tan bien. —Se sentó entre las dos mujeres—. ¿Qué celebramos? —se atrevió a preguntar. Las viandas y dulces que reposaban a un lado parecían deliciosas.

—La vida, mi querida niña, la vida. He descubierto a las duras que esta es más valiosa que todo el dinero del mundo. Eso, y los seres queridos, en los que te incluyo.

Se sintió conmovida por sus palabras. No todos los días una duquesa proclamaba su afecto por ella.

—Para mí también es un honor tenerlas entre mis seres queridos. —Apretó la mano de Leonor, gesto que ella respondió—. No hay nada mejor que pasar la tarde merendando las tres juntas.

—Esto, ejem... —carraspeó la duquesa—. No te importará que mi nieto y Jonathan se nos unan, ¿verdad? —A Edith no le dio tiempo a responder—. ¡Mira!, por ahí llegan.

Ambos hombres se acercaban caminando. Tenían, al hacerlo, la gracia que proviene de la seguridad económica de las clases pudientes, aunque no sabía a ciencia cierta qué rango ostentaba el amigo. Trató de no fijarse en Jeremy, pero le era imposible apartar la mirada. Como siempre que estaba cerca de ella, mostraba un rictus serio en el semblante, al contrario que su compañero, que sonreía abiertamente.

«¿Qué será eso que lleva en el hombro?».

Prestó toda su atención al extraño y colorido, ahora lo veía, animal de plumas.

—Buenas tardes, bellas damiselas.

Jonathan hizo una exagerada reverencia con la intención de resultar divertido, cosa que consiguió.

—¡BELLAS DAMISELAS! —El pajarraco lanzó esas palabras en un grito estremecedor que consiguió que Edith se quedara boquiabierta.

—Espero que no les importe. Me ha parecido que Georgette preferiría pasar la tarde al aire libre en lugar de estar encerrada en sus cómodos aposentos.

¿Georgette? ¿Aposentos? ¿De verdad el hombre hablaba del animal como si de una persona se tratase? No parecía que nadie se inmutara por ello, pero le era imposible disimular la sorpresa de su rostro.

—Jonathan, estás asustando a la señorita Bell. —Jeremy, para su sorpresa, intervino.

—Oh, no, no. Solo estoy... sorprendida, eso es todo.

El duque, mientras tanto, se acercó a su abuela y la besó del mismo modo en que lo había hecho ella. Saludó con un gesto de cabeza a Leonor y, para su completo asombro, pasmo, estupor y estupefacción, cogió su mano enguantada y se la besó por primera vez.

Fue algo rápido, pero el mundo pareció detenerse para Edith. Exceptuando el intenso abrazo —y por el que ya había encontrado como excusa su comprensible estado de alteración—, jamás la había tocado, ni tan solo como gesto de cortesía. Lo contrario hubiera sido grabado a fuego en su mente, lo mismo que ahora. Se miró el dorso de la mano temiendo que este se hubiera incendiado, pues el calor que sentía le estaba subiendo por el brazo. Pero no, el guante lucía el mismo tono verde que cuando se lo había puesto.

No se atrevió a mirarle por temor a mostrar algo que no deseaba revelar, pero había tanto silencio que alzó el rostro para mirar al resto de los presentes, que parecían petrificados. O al menos eso le pareció.

—¿A alguien le apetece un dulce? —La providencial voz de Leonor rompió el encanto y todos se pusieron en movimiento.

—¿Me permite? —Jonathan pedía permiso para sentarse a su lado

derecho, justo donde estaba Leonor. La otra joven se apartó facilitando el acceso.

Edith solo pudo esbozar una sonrisa que le pareció forzada incluso a ella. Todavía estaba tratando de analizar el gesto de cortesía de Jeremy, pero las sorpresas no habían acabado ahí. El objeto de sus pensamientos intentaba acomodarse a su lado izquierdo, haciendo desplazarse a su abuela. Y allí estaba ella, en una merienda campestre, flanqueada por dos apuestos hombres que, de repente, parecían tener la imperiosa necesidad de sentarse a su lado.

¿Estaría enloqueciendo?

—Espero que Georgette no le moleste. —Jonathan la miró y le guiñó un ojo.

—Mientras no muerda... —replicó.

—Es el guacamayo más dócil de la tierra.

—No mientas —aseveró Jeremy mientras saboreaba una tartaleta con un aspecto deliciosa—. Ese animal solo te soporta a ti.

—No crea todo lo que oiga de sus labios, Edith. Si quiere, puede acariciarlo.

—¿De verdad? —Ahora se sentía más fascinada que otra cosa.

Este le aseguró que no corría peligro alguno, por lo que dispuso al animal en su dedo índice. Ella alargó la mano para acariciar la cabeza, pero este la movió de forma veloz mientras lanzaba un picotazo al aire.

—¡MENTIRAS! —bramó iracundo el pájaro.

Edith retiró con rapidez el dedo.

—Creo que no me apetece tanto tocarlo.

—Pues no lo hagas, querida —intervino la duquesa—. Mi nieto tiene razón; al menos esta vez —acotó.

Como si se enfureciera por sus palabras, el guacamayo azul desplegó sus alas y las batió. Era un espectáculo precioso, pero Edith se alarmó y se echó hacia atrás de golpe. Hubiera caído de espaldas de no ser por una mano que detuvo el movimiento. Jeremy había estado tan pendiente que consiguió que no hiciera el ridículo.

«¿Otra vez?», se preguntó. El calor que dejó en su espalda, cual marca hecha a fuego, le produjo escalofríos, pero de placer. No solo le amaba, sino que un simple e inocente contacto la hacía estremecer.

Deseaba más, mucho más.

No había solución para ella. Estaba perdida.

Jeremy deseaba con toda su alma pasárselo bien, pero sentía tal presión que no podía.

Antes de llegar al Jardín del Cisne había interrogado a Jonathan sobre sus intenciones, pero este, con una seriedad poco usual en él, le ratificó que pensaba cortejar a Edith y, a su vez, le aconsejó que hiciera su trabajo para que esto llegara a suceder.

¿Su trabajo? Cuando aseguró que pensaría en la propuesta de su abuela y Jonathan, no comprendió cuán en serio se lo tomaba su amigo.

¿Tan pronto había olvidado a Isobel?

Por eso se había sentado a su lado, tal y como Jonathan había hecho. No contaba con tener que rozarla siquiera, como tampoco que se imaginaría bajando la mano mientras esta se deslizaba hacia...

«¡No!». El grito contenido resonó en su cerebro. Movi6 la cabeza para tratar de despejar esos blasfemos pensamientos. Se estaba volviendo loco. SÍ, quizás volverse loco era la explicación más plausible a todo aquel desprop6sito. Gracias a Dios, solo Leonor se había percatado de ello; y como siempre, no hizo más que disimular.

Podía oír hablar a esa endiablada pareja mientras el dichoso pajarraco soltaba discursos propios de un demente. Edith lo miraba con desconfianza, pero el animal tampoco la veía con buenos ojos.

«Ni siquiera me plantearé por qué siento satisfacción por ello».

A ver, Edith no le gustaba ni como mujer ni como persona. Ella era demasiado complicada y arisca. Si lo pensaba bien, quizá no eran motivos suficientes para sentir esa animadversión que venía desde niño. No era solo por su aspecto, aunque valga decir que no era nada, pero nada guapa.

«¡Mírala bien!», le gritó su fuero interno.

Solo la veía de perfil, pero tenía un pelo cobrizo de lo más corriente, una frente demasiado despejada, una piel demasiado blanca y translúcida y una boca grande con unos labios gruesos y rojos carmesí. Todo en ella era demasiado desproporcionado. Bueno, menos sus pechos. Todavía podía sentirlos aplastados en su pecho, sintiendo su calor. Así que sus pechos no podían ser demasiado grandes, al menos para sus manos...

«¿Pero qué diantres estás pensando, Jeremy? Eres un completo mentecato».

—Sería maravilloso, pero a mis años, el reuma...

La voz de su abuela lo trajo al presente recordándole que había estado muy callada, al igual que él.

—¿Decías?

—Estábamos hablando de un paseo —intervino Jonathan.

—Pero si la duquesa no se siente bien... —Edith era todo consideración.

—Bobadas —desechó la aludida con una mano—. Id vosotros. Yo volveré a casa.

Leonor se incorporó para ayudarla a levantarse.

—Ahora recojo todo y podemos irnos.

—Tú también, querida. Ve con ellos. Te mereces un paseo.

Todos la miraron y la joven enrojeció un poco ante tanta atención.

—Esto... Pero yo no puedo...

—Por supuesto que sí. —Jonathan asintió—. No hay nada más placentero para un hombre que pasear con la agradable compañía de unas bellas señoritas.

—¿No lo hay? —se preguntó Edith en voz baja.

—¡RAYOS Y TRUENOS! —masculló entonces, el guacamayo.

—¿Pero qué le enseñas a ese animal, por el amor de Dios? —preguntó Jeremy con frustración.

—Nada, lo juro. —Sonrió en un intento de parecer inocente—. Es

autodidacta.

Al final, pese a las múltiples protestas de las dos mujeres y el duque, todos convinieron en dar ese paseo. La mujer mayor sería escoltada a la casa por dos lacayos que se mantenían en la distancia.

Empezaron andando los cuatro en paralelo, con las dos jóvenes en medio, pero al poco tiempo, el paso lento de Leonor y Jonathan los distanció ligeramente; lo suficiente como para poder tener una conversación en privado.

—Los campos están exuberantes, justo como tiene que ser. — Jeremy caminaba al lado de la mujer, sin tocarla.

—Sí —fue la escueta respuesta de ella.

—No hay nada mejor que Inglaterra en primavera —anunció, satisfecho.

—No lo hay —respondió ella mientras el duque la ayudaba a cruzar un cúmulo de piedras.

—Los colores resplandecen como nunca, ¿no cree?

—Sí.

—Quizás pueda desnudarme y bailar una vals.

—Mucho me temo que no sea lo más apropiado —respondió presta, sin mirarlo siquiera—. ¿Qué dirían los vecinos?

—Así que me estaba escuchando.

—Es difícil no hacerlo, Su Gracia.

Jeremy había pensado que no le prestaba atención, pero se había equivocado. Además, le estaba tratando con tanta formalidad que le era imposible adivinar cómo se sentía. Quizás se hallaba incómoda o tal vez hubiera preferido pasear al lado de Jonathan.

—Qué convencional se ha vuelto. Por regla general disfruta más lanzándome pullas —explicó cuando ella se dignó a mirarle de reojo.

—¿No hace usted lo mismo?

«*Touché*».

—Pero solo porque usted empieza primero. —No siempre era así y

ambos lo sabían.

Mantuvieron un silencio que ella no se esforzó por romper. Se diría que su compañía le fastidiaba. O pudiera ser que solo se tratara de indiferencia.

—¿Dónde están el señor Wells y Leonor? —inquirió poco tiempo después mientras se giraba para intentar localizarlos.

«Dejando que haga mi maldito trabajo», pensó con sarcasmo. Lo lógico sería que él la estuviera cortejando ya, dado que quería su mano.

—Allí. —Señaló hacia atrás—, detrás de ese grupo de árboles. —Hizo una breve pausa—. ¿Cómo comenzó, Edith? Si me permite el atrevimiento.

—¿Cómo comenzó el qué?

Se hacía la tonta. Hasta un ciego podía ver que le había entendido. Pero al menos no le había prohibido llamarla por su nombre.

—La animadversión que sentimos el uno por el otro.

—No siento animadversión —declaró reacia.

—Vamos. —Jeremy no lo creyó ni por un segundo—. De lo que estoy seguro es de que afecto no es.

Edith se negó a mostrarse cooperativa y a seguir con el tema.

—No estoy preparada para hablar de ello —afirmó vulnerable.

Lo cual le indicaba que, en un pasado, él había hecho algo lo suficientemente malo para que ella lo recordara con dolor. ¿Por qué otro motivo sería?

—No puedo ser perdonado si no sé por lo que he de pedir disculpas.

Edith detuvo el paso y le miró. Esta vez de forma directa.

—Tal vez no quiera perdonarlo.

Ella siempre tan franca. La franqueza estaba sobrevalorada.

* * *

A lo lejos, Jonathan llevaba del brazo a Leonor. Había disminuido el

paso de tal forma que ya casi no los veían. Esperaba que Edith no sospechara nada, porque le parecía demasiado perspicaz, incluso para las triquiñuelas de una vieja duquesa aburrída junto con un hastiado hombre de mundo.

—Al final lo va a descubrir. —Como si le hubiera estado leyendo la mente, la joven que paseaba a su lado salió de su mutismo.

—Se refiere a...

—Edith, por supuesto.

—¿Cree que Jeremy es demasiado tonto como para comprender el doble juego que nos traemos?

—Si piensa por un momento que voy a hablar mal de él, es que no tiene un dedo de frente.

Resultaba curiosa la lealtad de la chica para con su amigo. A fin de cuentas, la que le pagaba el sueldo no era otra que la propia duquesa viuda. Así parecía esa mujer: digna, discreta, leal y fiel. Podía imaginarla ya de mayor y llena de sabiduría; si no lo estaba ya. Lástima que la belleza externa de su rostro brillara por su ausencia. En otro caso, alguien le habría pedido en matrimonio.

Incluso el guacamayo sucumbía a sus múltiples encantos. A pesar de ser una hembra, no la consideraba ni rival ni enemiga, cosa que sucedía con excesiva frecuencia. Por suerte para ella, la fachada exterior carecía de importancia. En esos momentos reposaba en el hombro de Leonor emitiendo de vez en cuando un sonido que él reconocía: satisfacción; y que solo mostraba cuando estaba a solas con él. Increíble el efecto tranquilizador que esa mujer ejercía; no solo en el animal, sino en los que estaban a su alrededor.

—No se lo he preguntado todavía, pero me interesa su opinión en especial. —Le resultaba extraño que nadie se la hubiera preguntado.

—¿Por qué? —Su sorpresa era absoluta.

¿Acaso nadie le consultaba? ¿Ni siquiera la duquesa?

—Pues porque parece lo bastante inteligente como para tener una. Es amiga de la señorita Bell, ¿verdad? —Esta afirmó con la cabeza—.

¿Y bien? ¿Qué opina de todo ello?

—Creo —comenzó diciendo— que puede surgir el amor entre ellos, pero que si se ejerce demasiada presión...

—Ella puede salir herida —concluyó Jonathan.

—No tanto como eso. —Acarició al guacamayo y este emitió un ligero sonido que indicaba complacencia. Leonor meditó unos segundos—. Ella es una superviviente. Las que somos feas sabemos de eso. —Alzó la mano para detener la protesta vacía que estaba por salir de sus labios—. No hace falta que se esfuerce en mentir. Soy consciente de la realidad de mi aspecto, al igual que lo es Edith. Por esa razón, puede que al final sea ella la que, al descubrir esos planes, se enfurezca tanto que solo uno acabe con el corazón roto.

—¿Quiere decir...?

—Sí —asintió, firme—. Que sea el propio duque quien finalmente, enamorado sin remedio, se quede abandonado y solo.

* * *

La tarde, con merienda y paseo incluido había sido extraña; quizás atípica. Aun así, no podía darse como perdida. La ocasión había conseguido que pudiera conocer un poco más a Jonathan y que Jeremy y ella pudieran establecer una conversación libre de ofensas. Casi había parecido normal.

Cuando estuvieron de vuelta en Stanbury Manor, las dos parejas encontraron a la duquesa hablando de forma bastante animada con el párroco y su esposa, que habían sido invitados esa misma noche a cenar.

—Ahora que lo pienso —dijo la duquesa tan pronto se presentaron ante ella—, y dado que esta merienda ha sido tan entretenida... —Nadie lo dudaba, aunque por diferentes motivos—, sugiero ampliar la invitación a la señorita Bell.

—¿Perdón? —El rostro de la aludida reflejó confusión.

—Sí, sí. —Asintió bastante satisfecha—. Y cómo no, mi querida Leonor también estará presente. No queremos que mi nieto y su querido amigo se aburran con la conversación de tres viejos carcamales —añadió como gracia final. Por suerte, el matrimonio no se lo tomó como una ofensa y se mostraron encantados.

Leonor, como siempre, no dejó entrever ni uno de sus pensamientos, mas Jonathan se sintió turbado. Si la duquesa viuda seguía actuando de ese modo, sus intenciones serían puestas en evidencia.

Jeremy debió de pensar lo mismo, por lo que trató de escabullirse.

—Es muy precipitado. Quizás la señorita Bell tenga otro compromiso.

—¿Lo tiene? —le preguntó a bocajarro.

—Esto... bueno... yo... —Odiaba sentirse así de insegura. ¿Qué pretendían que dijera? Quedaba claro que Margaret deseaba su presencia, pero lo que la mantenía en ascuas era si Jeremy pretendía que rechazara la invitación. Todos la observaron en espera de su respuesta.

—Con un sí o un no bastará. —Jeremy fue más áspero de lo que pretendía, pero el daño ya estaba hecho.

—Sí —profirió con una sonrisa falsa—. Nada me gustaría más.

Jeremy frunció el entrecejo y avisó a su abuela.

—Tendrás que dar órdenes a la cocina de inmediato.

—No te preocupes, mi querido nieto. —Sonrió con suficiencia—. Mis sirvientes están capacitados para reaccionar ante cualquier contingencia. —Nadie, ni siquiera él, le corrigió diciéndole quién pagaba los salarios y, por tanto, a quién debían fidelidad—. Así que, si me disculpan un segundo, voy a dar las pertinentes órdenes. Acompáñame, Leonor. Usted también, señorita Bell.

Ambas la siguieron y los hombres se quedaron a hacer compañía a los invitados.

No fue hasta unos minutos después, cuando las tres mujeres se encontraban a solas, que Leonor mostró su desacuerdo. No era

correcto que una acompañante asistiera a una cena, aunque fuera informal, en calidad de invitada.

—Ya he pensado en eso querida, pero es mi casa y hago lo que creo que es mejor.

—Pero... —trató de protestar, pero esta alzó una mano cortando toda objeción. Con Edith a su lado no podía decirle nada más.

Edith, por su parte, no habló. Meditaba si la intención de Jeremy había sido, de nuevo, evitar que se quedara en la mansión más tiempo de lo normal.

—Y tú, querida —se refería a ella y por eso le prestó atención—, irás a casa en uno de nuestro carruajes.

Y con esas pocas palabras, la despachó.

«Tiene los mismos gestos arrogantes que su nieto», pensó con cierto aire de amargura. «Lo malo es que él los tiene de forma continuada».

Edith estuvo esperando en el vestíbulo el carruaje que la duquesa le había prometido durante cinco minutos; unos minutos que aprovechó para meditar sobre los recientes acontecimientos, en especial el comportamiento de Jeremy, que podía calificarse de atípico.

¿Él sentándose a su lado de forma voluntaria, cuando tenía más sitios donde hacerlo?

¿Él aceptando un paseo a su lado y esforzándose en mantener una conversación sin estar presente un pelotón de fusilamiento?

Eran detalles imposibles de pasar por alto que solo lograban afianzar más ese inapropiado amor que le tenía.

Seguía sumida en sus propios pensamientos cuando se le acercó Jeremy, tan apuesto como siempre.

—¿Qué hace aquí? —le espetó ella por lo inesperado de su presencia. Edith no pretendió mostrarse tan áspera como había sonado, aunque eso era preferible a sonrojarse hasta la raíz del cabello y balbucear como una chiquilla atolondrada; lo cual había estado a punto de hacer.

«Qué pregunta tan tonta. Es su casa, ¿no?».

—Al parecer, mi misión es escoltarla hasta su hogar para que llegue sana y salva —masculló entre dientes—. Como si pudiera pasarle algo en ese trayecto tan corto y no tuviera suficiente protección con el cochero.

Edith alzó los ojos debido a la sorpresa.

—He de decirle que su comentario es de lo más insultante —le dijo con voz cortante. Era inadmisibile el trato que le dispensaba y no podía ser más obvio lo mucho que odiaba la idea de tener que acompañarla. No pensaba permanecer callada aguantándolo.

En ese momento, su visión de Jeremy se tornó menos halagüeña que hasta entonces y el plácido paseo de esa misma tarde quedó relegado al olvido. Podía tener el aspecto de un caballero, pero en el fondo no era más que un vulgar rufián.

—¿Y qué va hacer para evitarlo, no dirigirme nunca más la palabra? Porque sería toda una novedad, la verdad. Y un placer —apostilló. Jeremy no quería decir eso, pero algo lo azuzaba a hablar de forma hiriente.

Edith se puso roja como la grana. No solo por el insulto, sino porque uno de los lacayos acababa de entrar en el vestíbulo para anunciar que el carruaje estaba listo, siendo testigo de la humillación.

La ira y la indignación hervían dentro de ella. Era, de lejos, su peor discusión con el duque. Sin darse tiempo a pensarlo siquiera, le abofeteó con todas sus fuerzas.

—A partir de ahora sí que se merece que no le dirija nunca más la palabra. —Edith no pudo evitar hablar con los dientes apretados.

El lacayo abrió la boca por la inesperada reacción de la joven, mostrando la misma estupefacción que el duque. Sin embargo, no se atrevió a intervenir.

Jeremy, que se había quedado inmóvil unos segundos, trataba de digerir lo que acababa de suceder.

—¡Cómo se atreve...!

—¡No! —le interrumpió ella, furiosa—. ¡Cómo se atreve usted! Este

bofetón es solo una mínima parte de todo lo que se merece por desconsiderado y patán.

Jeremy también estaba furioso ahora, así que se le acercó mucho y la cogió del antebrazo para evitar su huida.

—Puede que no se haya dado cuenta de que agredir a un noble puede acarrearle muchos problemas —espetó—. Y a un duque, además. Podría ir a la cárcel por ello.

Fue asombroso el poco temor que ella mostró ante semejante amenaza. En ningún caso pensaba hacer un disparate así, pero sería bueno que la joven temiera su poder; que le temiera a él.

—Atrévase —lo retó ella—. Si lo hace contaré a quien quiera escucharme la clase de persona que es usted.

—¿Y quién le haría caso? Es su palabra contra la de un par del reino —se burló. Todavía no la había soltado.

—No importa. Usted solo es un mequetrefe que alardea de poder. Si por mi fuera...

No le dio tiempo a reaccionar ni lo vio venir. Solo en el último segundo pensó que iba a abofetearla también.

Nada más lejos de la realidad.

Jeremy aplastó su boca contra la de ella. Ni tan siquiera oyó el gemido ni sus protestas. La parte racional le indicaba que lo que hacía estaba mal, que las cosas no se solucionaban así.

«Ella empezó», se justificó. «Solo quería silenciarla».

¿Por qué estaba haciendo eso? En circunstancias normales, él se mostraba comedido. Si tenía que besar —y normalmente lo hacía por placer—, era pausado y meticuloso, pero en esta ocasión todo era furia y algo más difícil de definir. Algo en lo que no quería pensar y que había excluido en algún lugar de su mente.

No supo discernir cuánto tiempo estuvieron así; ella debatiéndose y él dominándola con su cuerpo y su boca. El lacayo, de forma sabia, había desaparecido.

«¡Si ni tan siquiera me gusta!».

Aun así, eso no le impidió prolongar el beso en unas circunstancias tan poco propicias. Cualquiera que pasara por el vestíbulo podría verlos y meterlo en un compromiso que no deseaba.

Por ello se separó de forma brusca. Edith dio un traspie y casi cayó hacia atrás. Sus labios estaban tan rojos que por un momento pensó que se los había mordido y que era sangre, pero no, ella los tenía así por el beso, si podía llamarse así.

Por un momento se miraron como contendientes en una batalla, pero Jeremy ya estaba arrepentido de su actuación. Se había comportado mucho peor que un chiquillo malcriado. Edith, por su parte, tenía los ojos anegados en lágrimas. Su respiración era rápida. Incluso así, tuvo coraje para hablar.

—Dígale a la duquesa que no podré asistir a su cena. Busque la excusa que le parezca oportuna, pero no pienso asistir.

Jeremy trató de evitar la culpabilidad que le sobrevino, pero no pudo. Se la veía tan vulnerable que supo que había llevado el asunto demasiado lejos.

—Deje que la acompañe...

—¡No! —Alzó la mano para impedirle avanzar—. Creo que por hoy ya ha hecho suficiente.

Salió al exterior y se alejó andando con toda la dignidad de una reina.

Acto seguido, Jeremy pidió una conversación privada con su abuela.

—¿Qué has hecho qué? —le vociferó desde un corredor cerca del saloncito donde aguardaban sus invitados.

La duquesa no era una mujer dada a excesos ni alzamiento de voces, pero su enfado estaba siendo más que evidente. Le había contado la verdad —a medias—. Solo le dijo que la había ofendido, sin dar más detalles; si le hubiera contado lo del beso habría sido capaz de despedazarlo.

La reprimenda la oyó todo el mundo: los sirvientes que andaban por ahí —y los que no, pronto se enterarían por estos—; Jonathan, que se

asomó a curiosear y Leonor, que corrió preocupada al encuentro de su patrona en cuanto oyó el primer grito. En cuanto al párroco y su esposa, era inequívoco pensar que eran ajenos a todo. Suerte que no eran una pareja dada a chismorrear, porque de serlo, al día siguiente lo sabría todo el pueblo.

De todas formas, no tenía derecho a quejarse. Se lo merecía. Todo. Esas cosas no se hacían por muy enfadado que estuviera, así que asumió hasta el último reproche de su abuela. Lo que no se esperaba era lo que le dijo a continuación:

—Ahora mismo te vas a su casa a pedirle disculpas. —Hizo una pausa para coger aire. Estaba roja de ira—. Y no vuelvas hasta que te haya perdonado y aceptado venir a la cena.

Sorprendido, había intentado argumentar que quizás tardaría bastante en hacerlo. E incluso se permitió bromear acerca de qué haría si no lo conseguía. Craso error.

—Pues no vuelvas —le espetó—. Si no eres capaz de arreglar tus desaguisados, quizás no debieras ser duque, después de todo.

Eso no tenía ni pies ni cabeza, pero el golpe fue tan fuerte que se quedó un minuto en silencio, en el que ella no dio su brazo a torcer.

—¿Por qué te pones así con ella? —No pudo evitar parecer un niño malcriado—. Ni que fuera algo así como una hija... —se detuvo por el pensamiento—. Porque no lo es, ¿verdad?

—¡No digas estupideces! —Acto seguido se acercó a él y le habló con ternura, bajando la voz—. Debes hacer lo más honorable, y eso es hacer que la joven te perdone.

—¿Y si no lo hace? —Se temía no llegar a conseguirlo.

—Eres inteligente, seguro que algo se te ocurrirá. Haz lo que sea necesario, pero tráela.

Y había ido. A su casa. Bueno, a la de sus tíos.

Y allí estaba.

Gracias a Dios, Edith había tenido la sensatez suficiente como para no decirles nada —no había querido también tener que enfrentarse a

unos familiares iracundos—. Así que cuando se negó a recibirlo, parecieron confusos y un tanto abochornados.

Pasó allí más de dos horas en las que los dueños trataron de entretenerlo. Cuando les pidió que le transmitieran que no pensaba marcharse y que si les sabría mal preparar una habitación para pasar la noche supo, sin lugar a dudas, que la obligarían a aparecer.

Contuvo la sonrisita de suficiencia que le sobrevino cuando la vio bajo el marco de la puerta del saloncito con cara de enfado. Aunque no era lo más adecuado, los tíos los dejaron a solas.

Empezó por disculparse, pero Edith permaneció sentada, tiesa y sin establecer contacto visual. Después se mostró tierno, encantador y tan zalamero como pudo, pero viendo el nulo resultado pasó a las amenazas.

Ella no mostró piedad.

—Si es así como piensa disculparse —le dijo Edith altiva—, no va por buen camino.

—¿Y qué quiere que haga, que me arrodille? —lo dijo por decir, pero el perverso brillo de sus ojos le dijo que no había errado el tiro.

—Tiene que saber —la vio esbozar una perversa sonrisa—, que mi deporte preferido es ver a los hombres de rodillas. Si son de la nobleza, mejor que mejor —apostilló.

Y aunque una parte de ella bromeaba, consideró que era lo menos que podía hacer. Si solo le pedía eso podía decir que había salido ileso.

Se arrodilló ante ella y le pidió disculpas.

—No lo dice en serio. Lo hace por obligación.

Pero se equivocaba. Su disculpa era todo lo sincera que ella merecía.

—En absoluto. También creo que mi deber es disculparme por lo del beso.

«Aunque te haya encantado». Ese pensamiento traidor se coló en su mente y no lo abandonó ni cuando ella aceptó sus disculpas ni cuando aceptó de nuevo asistir a la cena.

Incluso ahora, mientras la esperaba —no pensaba permitir que Edith

cambiara de idea—, no podía hacerlo desaparecer.

Sí, debía ser sincero consigo mismo, para variar. Quizás ese beso había sido dado fruto de un impulso y con la intención de detener los insultos que Edith le prodigaba, pero no negaría que, lejos de sentirse repugnado, la suavidad y dulzura de sus labios lo habían hecho estremecer.

Y cuando la joven apareció de nuevo, no pudo sino mirarla con otros ojos.

Incluso pensó lo bonita que se veía con su vestido de noche en color índigo con la falda en tres capas separadas por flecos —dos de las cuales se destacaban por el marcado tono violeta—. El escote en forma de uve estrecha finalizaba en forma de corazón a la altura de sus pechos, realzándolos. Y su nívea piel hacía de él un contraste mucho mayor.

«No pienses en sus pechos, Jeremy. No lo hagas».

La vuelta a Stanbury Manor la hicieron en silencio, aunque no fue incómodo.

En la casa todos la recibieron con francas muestras de alegría mientras fingían que no había sucedido nada fuera de lo corriente.

Mientras tomaban asiento en la mesa envueltos en una charla amena, Jeremy simulaba que todo iba bien, pero no era cierto. Su mundo empezaba a desmoronarse y se cuestionaba todo respecto a Edith: su eterna animosidad, las batallas dialécticas y el beso... que había logrado que sintiese que no había probado nada mejor en su vida.

¿Por qué ahora? ¿Y por qué ella?

Y lo más importante, ¿por qué esas preguntas lo angustiaban hasta el punto de querer hacerle salir corriendo en dirección contraria?

Preguntas, preguntas y más preguntas. Ojalá obtuviera alguna respuesta.

Mientras tanto, Edith comía la deliciosa empanada de ostra con bocados pequeños. Sus movimientos eran tranquilos y su rostro sereno. Un cuadro ejemplar si no fuera porque su conversación brillaba por su ausencia. Algunas veces se dignaba a responder con un «sí», un «ajá» o un «no, no me parece». Sin embargo, el resto de comensales no parecían decepcionados por su mutismo y lo suplían con creces; o al menos, la mayoría de ellos.

Mientras escuchaba las conversaciones de los demás tuvo tiempo para poner en orden sus pensamientos y observarlos con detenimiento. No se sentía capaz de reflexionar más sobre lo sucedido en el vestíbulo de esa casa unas horas antes.

La duquesa presidía una de las cabeceras de la mesa. Para destacar en su habitual vestimento negro, lucía una llamativa flor blanca en su hombro izquierdo. A su lado, el reverendo Moore vestía como esa misma tarde, así como su esposa, situada a la derecha del duque y justo delante de ella. Ambos parecían muy cómodos en esa situación tan poco habitual que cada uno se había esmerado en dejar claro. Edith los conocía a los dos por la ayuda que le prestaban a tía Cecile de tanto en tanto. Evelyn Moore era una mujer menuda y algo regordeta con un temple siempre alegre y unas ganas tremendas de hablar de cualquier cosa. Esa vez no había sido una excepción y, en esos momentos, se estaba explayando sobre el cultivo adecuado de las hortalizas, un tema que decía dominar a la perfección. Su esposo, en cambio, y gracias al cielo, no era el típico párroco con ganas de dar sermones a diestro y siniestro. Tampoco le gustaba parafrasear de forma constante oraciones de la Biblia —tal como hacía su antecesor en la parroquia del pueblo—. Por suerte para todos tenía opiniones propias y aplicaba el sentido común en todas sus conversaciones y sermones diarios. Sus visitas dominicales a la iglesia eran ahora más por placer que por

obligación. Suponía que por esas pequeñas cosas, la duquesa le había cogido cariño y lo invitaba a menudo a pasarse por Stanbury Manor. Que supiera, el anterior solo había pisado la casa dos veces; una al llegar y la otra al marcharse.

Miró a Leonor, sentada a la izquierda de Evelyn Moore, siempre atenta y dispuesta a atender lo que la duquesa requiriera, lo cual quería decir que se había relajado lo suficiente como para disfrutar de la cena. Esa noche estaba muy favorecida con un vestido azul de Prusia con escote cuadrado y detalles florales en dorado, a juego con la banda ancha de la cintura. Quizás estaba pasado de moda, pero a ella le sentaba a la perfección. El recogido —obra suya, por supuesto— se hallaba afianzado con un prendedor que presentaba un intrincado de flores doradas con un centro de perlas que, a buen seguro, era un préstamo de la duquesa.

Todos le habían ofrecido una serie de cumplidos sinceros que ella aceptó con candidez, pero solo los de Jonathan la habían hecho sonrojar.

En cuanto a este último, sentado entre ella y el reverendo, oscilaba de una conversación a otra sin el más mínimo apuro. Su don de palabra y la sonrisa perenne en su rostro eran un arma eficaz para combatir el tedio de los que se encontraban allí. Incluso se permitió explicar alguna divertida anécdota de Georgette que logró arrancar más de una carcajada perpleja y alguna que otra más comedida. Su vestimenta resultaba poco menos que perfecta y su corbata lucía un color verde tan claro como sus ojos.

Incluso Jeremy, que a pesar de las circunstancias ofreció una charla interesante —si una le prestara la suficiente atención—, deslumbró con su porte elegante y su traje oscuro; cosa que ella solo había percibido como de pasada.

A estas alturas de la cena se arrepentía de haber cedido. Todo había resultado demasiado fácil para él. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Sus tíos no podían enterarse. No estaba en su carácter mostrarse tan

rencorosa, pero Jeremy tenía el poder de hacerle mucho daño sin proponérselo. Por supuesto, todo era culpa de los sentimientos que le profesaba. Si pudiera ya se los habría arrancado del corazón para luego desmenuzarlos y hacer una salsa acompañando el pescado con ellos. Así de lúgubres y extraños eran sus pensamientos. Pero al parecer estaba destinada a padecer una y otra vez esa dolencia que no tenía fin.

«¿Quién dijo que el amor es la máxima expresión de la felicidad?».

Edith amaba y mucho. No obstante, eso no le acarreaba más que dolor. En ese momento recordaba cuánto le había herido que Jeremy le pidiera perdón por lo del beso. Lo correcto habría sido que se disculpara por las formas, no por el beso en sí. Una tenía su orgullo, pero parecía que siempre terminaba pisoteado.

Las cosas estaban mal. Peor que mal. ¿Cuánto tiempo llevaba enamorada de él? ¿Toda la vida? ¿La mitad? Ya ni lo recordaba, pero sí podía asegurar que estaba más que harta.

Miró a Jonathan, que le pidió que le alcanzara el pato embutido, y reparó en que, aunque no pudiera tener el final feliz que deseaba, bien podía empezar a disfrutar un poco de la vida. Estar enamorada de Jeremy había sido y era como una condena perpetua, así que ya era hora de alzar la cabeza y dejar de soñar con historias de amor verdadero.

Le sonrió a su compañero de mesa y este le devolvió una sonrisa cálida, sincera. Se preguntó si no debería empezar a fijarse en otros. Lo observó con suma atención.

«Sí, ¿por qué no?».

* * *

Tres días después, sentada en el confortable sillón de la habitación en donde su tía Cecile y ella bordaban, trataba, en vano, de explicar por qué tan de repente su compañía era tan requerida.

Había empezado la mañana siguiente a la cena en Stanbury Manor.

Mientras almorzaba había recibido una nota por parte de Jonathan Wells en la que le pedía permiso para ir a buscarla antes del mediodía para dar un —palabras textuales—, «tonificante y vívido paseo».

Lo cierto era que la misiva le sorprendió, pero teniendo en cuenta sus últimos pensamientos hacia él había decidido que, si suscitaba el suficiente interés, bien tonta sería si no lo aprovechaba. Por eso, tras el correspondiente permiso de su tío Robert, fue a dar un paseo con la compañía de una sirvienta que hacía de carabina. Pasó un agradable rato escoltada por un hombre divertido, perspicaz y algo malicioso. Fue correcto en todo momento y se despidió con la promesa de volver a buscarla.

Su tía estaba emocionada y le preguntó al respecto, pero no pudo decirle cuáles eran sus verdaderas intenciones porque ni ella misma las sabía.

Las sorpresas no acabaron ahí. Esa tarde, en lugar de otro mensaje apareció otro caballero. Ni más ni menos que el duque de Dunham en persona. Si ella quedó boquiabierta cuando pidió permiso para otro paseo, sus tíos no se quedaron atrás. Por supuesto, obtuvo su beneplácito. No obstante, el resultado no fue el mismo, aunque no lo esperaba de otro modo. Por lo menos no habían peleado, lo cual suponía una mejora, pero sí había habido multitud de incómodos silencios y preguntas intrascendentes.

Se preguntó a qué estaban jugando.

No es que no pudiera interesar a los hombres. Era fea, sí, pero poseía abundantes cualidades que suplían su falta de belleza. Lo extraño de todo el asunto era que dos hombres apuestos y exitosos mostraran esas repentinas ganas de disfrutar de su compañía. Por más que pensaba, no se le ocurría nada. Comparándolos a ambos, el duque salía perdiendo.

«¿A quién pretendes engañar?».

Tenía razón. Incluso siendo Jonathan el hombre perfecto escogería a Jeremy con los ojos cerrados. Así de grande y ciega era su propia

estupidez. Pero claro, a su tía no podía contarle nada de eso.

Ahora, lo más importante era dilucidar si Jonathan la pretendía o solo eran imaginaciones suyas. No podía hablar de ello con sus tíos y mucho menos con la duquesa, por lo que Leonor tendría que ser su confidente y consejera.

Se cambió el vestido y se dispuso a marchar a Stanbury Manor. Tenía una cita pendiente con Jonathan, pero antes aprovecharía para despejar dudas de la mano de su mejor amiga que, cuando oyó toda su explicación, se quedó un minuto en completo silencio.

—Es... posible —sugirió Leonor. Se sentía mal por tener que ocultarle la verdad.

Ambas estaban sentadas en el saloncito de las visitas mientras la duquesa viuda descansaba.

—Sí, pero ¿lo crees posible?

—Pienso que esa no es la cuestión más importante.

¿Y cuál era, si podía saberse? Se lo preguntó, pero la respuesta no la satisfizo.

No quería detenerse a pensar si sentía por Jonathan algo lo suficientemente intenso como para tener que aguantarle toda la vida si él le hacía la pregunta crucial.

—Tal vez si dejamos pasar el tiempo...

—Aunque muchos digan lo contrario, a veces, dejar pasar el tiempo, solo sirve para dificultar las cosas más aún. —Sus palabras estaban llenas de sabiduría.

Aun así, Edith necesitaba que le dijeran qué hacer. No sabía si podría seguir cometiendo más errores. ¿Era real y sano seguir aferrada a un amor imposible? Pero lo más importante: ¿podría conformarse con otra cosa?

A esas alturas, su visión de la vida ya no era tan romántica como cuando tenía dieciocho años. También comprendía que, al ser mujer, estaba en desventaja. Podía hacer como muchas y casarse con alguien aceptable para vivir una existencia sin grandes sobresaltos ahora que

se presentaba una oportunidad. También podía escoger seguir creyendo en el amor —uno destinado al fracaso— y seguir como hasta ahora con una vida solitaria y carente de afecto masculino como solterona.

—¿Crees que le gusto? —Edith se refería a Jonathan.

—No puedo responderte a eso. —Leonor se veía incómoda.

—Claro, cómo podrías saberlo. —Lanzó un suspiro lastimero—. Es que le amo tanto...

—¿A Jonathan? —La pregunta salió como estrangulada.

Edith, en cambio, pensó que había hablado de más. Nunca le había confesado a nadie su amor por Jeremy. Se le había escapado, pero se imponía una aclaración.

—No. —Bajó tanto la voz que Leonor tuvo que acercarse para oírla—. A Jeremy. Es decir —rectificó—, al duque.

Nunca jamás había visto a su amiga con la boca abierta. Si la situación sobre sí misma no fuera tan patética, podría haberse reído de ella.

—¿Tan rápido? —Leonor no pensaba que las triquiñuelas de la duquesa fueran a dar tan buen resultado. Al parecer, la conocía mejor que ella.

—¿Cómo que tan rápido? —Edith se extrañó por el comentario—. Le quiero desde hace muchos años.

La boca de Leonor formó una o perfecta. Ni en sus más alocados sueños hubiera pensado que Edith estuviera enamorada del duque. Sus continuas disputas y respuestas avinagradas indicaban todo lo contrario, pero ahora que lo pensaba, resultaba tan obvio que le extrañaba que nadie, ni siquiera ella, lo hubiera adivinado. Puede que sí la duquesa... pero no. Edith lo había mantenido demasiado bien en secreto. Lo de Margaret había sido pura suerte. Y si eso había sucedido con Edith, tal vez por parte del duque de Dunham... ¡Vaya por Dios! Esto la sobrepasaba. Ojalá no hubieran iniciado algo que les podía explotar en plena cara.

Iba a responder algo, no sabía qué, pero la intervención del duque fue providencial.

—Oh, lo siento. No sabía que estaban aquí. Señorita Bell, señorita Price. —Las saludó con una inclinación de cabeza.

—Estaba esperando al señor Wells —Edith barbotó la noticia sin saber el motivo. La respuesta de Jeremy fue una media sonrisa de lado carente de toda alegría.

—Bien por usted. —Había sido más comedido que de costumbre, pero el tono de mofa se quedó flotando en el aire.

El color del rostro de Edith aumentó varios grados y Leonor no sabía hacia dónde mirar.

—Si tiene alguna objeción...

—No, no, no. —Jeremy alzó la mano para detener el torrente de protestas. No se sentía con ánimos por emprender otra batalla. De hecho, estaba más que harto de pelearse con ella y cada día que pasaba le sucedía con más frecuencia. Siempre había sido así y lo había aguantado con exasperado estoicismo, pero ya no. Tampoco deseaba saber las magníficas razones por las cuales Jonathan era mil veces mejor acompañante que él. Al parecer, esa era la historia de su vida. Nada tenía que ver con la edad o la condición social. Por una razón u otra, las mujeres nunca lo elegían. No como compañero final. Y eso dolía. Vaya si dolía—. Siéntase libre de hacer lo que más desee.

Jamás se le ocurriría adivinar lo que de verdad deseaba Edith.

Ella, por su parte, cortada su diatriba, se quedó sin saber qué decir. O casi.

—Pues ahora deseo tener mi paseo con el señor Wells —afirmó, orgullosa de que la voz sonara tan firme.

—Podemos tenerlo si quiere. —Las palabras de Jonathan los sobresaltaron—. Pero temo no ser una buena compañía. —Apareció un poco despeinado y con Georgette en el hombro. Su rostro estaba pálido y sus pasos eran lentos y vacilantes.

—¡ENFERMO! —El grito del guacamayo parecía explicarlo todo.

Los tres se preocuparon de inmediato. Él se limitó a afirmar que no sabía qué tenía; solo que se encontraba mal. Como era de esperar, Edith afirmó poder esperar para dar el paseo en otra ocasión, pero Jonathan, siempre tan galante y pendiente de todo encontró la solución: que fuera Jeremy el que la acompañara.

—Es una tremenda pena que se pierda una tarde tan espléndida por mi inesperada e impropia enfermedad —añadió después de estrujarse el estómago.

«Inexistente, querrás decir». Jeremy lo habría estrangulado allí mismo por planear una treta tan evidente. Lo absurdo de todo era que Edith no se había percatado de ello. Incluso él no advirtió sus verdaderas intenciones hasta que empezó a manifestar su negativa a que ella se perdiera la belleza de la tarde. Pero si todas las tardes eran idénticas, por Dios.

Simplemente patético.

Al final, para complacerlo, Edith accedió a que Jeremy le sustituyera como acompañante, pero valía la pena decir que fue reacia en todo momento.

«Un premio para mi ego, sin duda», pensó con sarcasmo.

Diez minutos después salían por los jardines en dirección noreste mientras Leonor los contemplaba desde los balcones que daban a él, acompañada de un recién recuperado Jonathan.

—¡ILUSOS! —bramó de nuevo el guacamayo. Siempre parecía saber qué decir.

Leonor, por su parte, al oírlo, esbozó una suave sonrisa.

Jonathan habría añadido «cautivadora». A pesar de su fealdad había algo en ella que le seducía.

—Me temo que mi amigo no está haciendo un buen trabajo como pretendiente —se excusó por él.

—¿Y usted sí?

La atrevida pregunta le produjo un agradable cosquilleo. No iba a pensar en qué lugares exactamente.

—Me temo que tampoco —confesó—. Pero no me malinterprete; si quisiera hacerlo, no habría nadie que me ganara. Y la mujer en cuestión no tendría ninguna duda de mis intenciones... Ni tampoco escapatoria.

Ella rio. Alto, fuerte y con un delicioso deje musical.

Desde que Jonathan estaba en Stanbury Manor habían tenido discretas e inspiradores charlas, se habían lanzado divertidas pullas y mantenido su relación en un nivel puramente platónico. A estas alturas seguía sin saber nada sobre ella y su misterio lo atraía como un imán. Miró de nuevo a la pareja que se alejaba y pensó en qué le deparaba el futuro. Lo esperaba con ansia.

* * *

Jeremy reconocía que no tenían demasiado de lo que conversar, pero tanto silencio estaba empezando a molestarlo. ¿Qué le costaba a ella hablar de las típicas banalidades de las cuales las mujeres hacían gala de forma constante? Había estado junto ellas las suficientes veces para saber que, lejos de ser una pésima cualidad, las hacía salir airoso de momentos incómodos plagados de lagunas silenciosas. En cambio, su compañera de paseo parecía ser la única que prefería no decir nada a tener que mantener una charla sin sentido.

Mientras se devanaba los sesos tratando de pensar cuál sería un tema de conversación apropiado, se levantó una ráfaga de aire que levantó el sombrero que la joven llevaba. Por supuesto, no se había atado a la barbilla el lazo melocotón que impediría que se marchara volando.

—Oh —solo supo decir Edith.

Y Jeremy hizo lo que se esperaba de todo buen caballero con unos modales impecables: salir tras él.

Después de diez interminables minutos dando tumbos sin sentido y corriendo como un poseso, lo atrapó por fin. Estaba despeinado, sofocado y, aunque no era nada sofisticado admitirlo, lleno de sudor.

No le gustó nada encontrársela sentada y relajada en un margen del camino, disfrutando de la sombra de un árbol mientras parecía pasárselo en grande a su costa.

—¿Le parece divertido? —Le entregó el maldito sombrero.

—Un poco, sí. —Por lo menos era honesta—. Pocas veces se puede disfrutar de semejante espectáculo.

Le pareció increíble que se lo pusiera y se lo dejara sin atar, ¡otra vez!

—Me parece estupendo. —Se sentó a su lado. Estaba cansado. Cabalgar le suponía menos esfuerzo—. No olvidaré hacerlo cuando sea usted la que tenga que perseguirlo.

—¿Qué quiere decir...? —No había terminado de preguntar y el aire se lo levantó de nuevo.

—Eso mismo. —Lo señaló con evidente satisfacción. Ni se inmutó cuando ella lo miró de forma especulativa. No pensaba volver a hacerlo.

Ni qué decir que también disfrutó de la persecución, aunque fue más corta que la de él. De lo que sí se percató cuando Edith se acercaba era de la bonita figura que tenía. Su vestido oscuro se ceñía a la cintura y las hebras del pelo revoloteaban en torno a su rostro. Incluso su media sonrisa le confería cierto encanto y atractivo... Cosa carente de toda lógica y que solo admitiría ante un jurado que deliberara por su vida.

Carraspeó tratando de aliviar su incomodidad por el giro de sus pensamientos. Mientras, Edith se sentó lejos de él, a los pies del árbol.

—No ha sido para tanto —confesó. No se puso el sombrero. Lo dejó a su lado y lo afianzó con una piedra—. Espero que verme corretear por ahí le haya complacido.

Jeremy estaba sorprendido. A decir verdad, no esperaba que se lo tomara con humor.

«Quizás sea yo el que carezca de ello».

—Lo ha hecho, créame. Lo que me recuerda no participar en una carrera contra usted. Ha resultado de lo más... —dudó— ligera.

—¿Teme que le ganara? —se burló ella.

—No lo temo. Sé —matizó— que lo haría.

La satisfacción de Edith por el comentario fue clara y el ambiente se distendió de forma evidente. Relajado como no había estado en mucho tiempo se preguntó por qué, dado que se conocían desde siempre y había sido una asidua visitante a Stanbury Manor, no habían podido establecer una relación cordial. Al fin y al cabo no era una mala mujer.

También, por primera vez que recordara, se cuestionó si su propia actitud no había influido en acrecentar ese antagonismo.

¿Qué le hubiera costado ser más amable? Tal vez así, ella le hubiera retribuido con un carácter más benévolo.

No bien acabó de pensarlo, se lo dijo así, sin más. Edith se puso seria de repente y pareció que el sol se había escondido tras una nube. En respuesta, esta musitó:

—Puede que el resultado de su gentileza hubiera sido un trato fluido entre ambos, pero lo dudo.

Tanta seguridad lo desconcertó.

—¿Por qué cree eso? —De repente tenía mucho interés en conocer la respuesta, pero ella se encogió de hombros—. Se lo preguntaré de nuevo, pero esta vez me gustaría obtener una respuesta. ¿Qué hice para que sienta tanta antipatía hacia mí? —Empezaba a resultarle obvio que había hecho algo que había propiciado esa actitud.

—Yo podría preguntarle lo mismo. —Era evidente que no quería revelarlo.

—Podría hacerlo, pero ni yo lo sé. —No era del todo sincero. La respuesta estaba muy cerca de la superficie, pero él la pisoteaba sin piedad—. Vamos —la instó—. Por favor.

Supo que la súplica haría efecto tan pronto la dijo. Se daba cuenta que era una mujer sensible a la que él no había tratado con demasiada amabilidad.

«¿Cuán ciego puede ser un hombre?».

Sin mirarlo, le relató un capítulo de su vida que seguía doliéndole a

día de hoy. Ella contaba con ocho años y Jeremy con dieciséis. Ambos se encontraban disfrutando de una concurrida merienda en los jardines de Stanbury Manor.

Fue entonces cuando el joven duque se burló de su feo rostro y la forma de su boca.

Él estaba conversando con un amigo del colegio y echando miraditas a diversas damas. Edith, por el contrario, se entretenía con diversos juegos infantiles, puesto que la diferencia de edades en aquel tiempo era muy evidente. Andaba corriendo por los jardines con los demás niños cuando tropezó con él. Fue todo muy rápido y aquel traspie no debería haber tenido ninguna importancia, pero estaba marchándose cuando le escuchó decir a su acompañante: «Su boca me recuerda a la de una carpa y sus ojos, a una lechuza».

Después comenzó a reír.

A los niños, el gesto no les pasó desapercibido y la burla se extendió con rapidez. A partir de ese momento, la fiesta se convirtió en una pesadilla. En lugar de llamarla por su nombre lo hacían como *pez-búho*.

—Pero era una chiquillada de un joven inmaduro —protestó él. Ni siquiera lo recordaba. Incluso le parecía demasiado absurdo para que ella le guardara rencor por eso.

—Tal vez —concedió Edith—, pero la mayoría de los niños, testigos de lo que usted llama una broma, eran del pueblo y no lo olvidaron.

No le dijo que la admiración infantil que se sentía por él se modificó en ese instante. Ni que solo entonces apareció el rechazo. Ni que, a pesar de ir en contra de su voluntad, comenzó a espetarle comentarios hirientes y ofensivos. Ni tampoco que su antagonismo crecía en la misma medida que no desaparecía su devoción.

Jeremy quedó consternado por el motivo que sentó las bases de su actual relación. Esa mujer era importante para su abuela y él jamás pretendió ofenderla así. Eran cosas de jóvenes inmaduros. Si lo hubiera sabido, esa desatinada enemistad no habría llegado a esos extremos.

Ahora entendía muchas cosas: sus sarcasmos, críticas, desprecios...

Como por arte de magia, todo lo malo que había dicho de ella o sentido, se evaporó.

Se levantó para sentarse al lado de Edith. Ella se irguió.

—Siento lo que dije hace tantos años. —Jeremy trató de que sus palabras sonaran sinceras, porque en realidad lo eran—. De adulto jamás me hubiera atrevido a ofenderla así —Olvidó todas las veces que sí lo había pensado llevado por la cólera y la frustración—. Me gustaría que hiciéramos las paces.

Edith meditó sobre ello durante unos segundos.

—No sé —murmuró con indecisión. Después de tanto tiempo protegiendo su corazón con ataques directos, le era muy difícil aceptar que todo había terminado. ¿Cómo lograría arrancárselo del corazón, si no?

«Piensa en Jonathan».

Sí, era lo que debía hacer, aunque resultó imposible teniendo al objeto de sus deseos frente a ella, mirándola con una intensa súplica en los ojos.

«Por favor, no cometas una locura que después lamentarás para el resto de tu vida», se dijo. Porque Dios era testigo de que estaba pensando en besarlo. Lo deseaba con una intensidad abrumadora.

—Si me permite... —Jeremy actuó con la pretensión de congraciarse con ella. O eso se decía.

Le cogió por el mentón con mucha suavidad. Ella trató de apartarse. Ninguno de los dos pensó que cualquiera que paseara por allí los podría encontrar en una situación embarazosa que podría resultar muy perjudicial para ambos.

—Creo que...

—Shhhhhh —la silenció—. No quiero hacerle daño. Solo quiero observar de cerca la estupidez y equivocación que cometí a los dieciséis años.

Jeremy convino que la joven no era bonita. Aun así, pretendía

enumerar en voz alta sus rasgos faciales más cautivadores con la intención de hacerle ver que la belleza estaba en los ojos de quien la mirara.

—Sus ojos, lejos de parecer los de una lechuza, sí son algo grandes y un poco hundidos, pero la dotan de una gran comprensión y profundidad. —Se sorprendió al constatar de que no mentía. No era para hacerla sentir mejor, sino lo que él percibía—. Su nariz —continuó—, en lugar de ser nada más que afilada y puntiaguda, resalta en su rostro para conferirle vigor y entereza. El cabello, que podría parecer simplemente cobrizo, parece brillar como un fuego en la distancia, haciéndola resaltar entre las demás mujeres. Y su boca.... Ah, su boca. —Se acercó tanto que las puntas de las narices casi se tocaban—. Es redonda, grande y con unos suaves y jugosos labios escarlata que piden, piden...

Incluso horas después pensaría qué diabólica fuerza se había apoderado de él. En ese momento, se dejó llevar por el impulso y la besó.

Se tragó el amago de exclamación que Edith lanzó. Incluso antes de sentir sus labios vio la comprensión en sus ojos. Era inocente, pero no ingenua. Que aceptara el beso de buen grado lo llenó de una satisfacción más poderosa que cualquier elixir.

Sus suaves labios desprendían calor. Jeremy los besó a conciencia. Relamió, chupó y dio algún que otro mordisquito que provocó que ella se apretara más a él. Sonrió. Creía tener el control. Solo cuando la punta de la lengua de ella acarició sin querer sus labios empezó a acelerar el ritmo. Se lanzó al interior de su boca encontrándola a medio camino. Notó un pequeño sobresalto, pero a pesar de advertir que era inexperta en esas lides, su entusiasmo lo suplía con creces. Sin darse cuenta de lo que hacía, sus dedos empezaron a deshacer el lazo del *dolman* que la cubría. Abandonó su boca para lanzar una estela de besos por la mandíbula hasta llegar a su oreja.

El lóbulo le pareció tan tentador que se demoró allí unos instantes.

En algún momento de lucidez, se percató del sonido de una respiración acelerada, pero no podría apostar a cuál de los dos pertenecía. Acto seguido descendió por el cuello y se maravilló de lo largo que lo tenía. Deseaba liberar su clavícula para seguir con el festín, pero el cuello del vestido se lo impedía. Cuando empezó a tironear para tratar de acceder a él, Edith empezó a retirarse.

—Espera... —susurró Jeremy mientras la acercaba de nuevo hacia su cuerpo. Mientras tanto, su mano derecha había bajado hacia el pecho. Por una vez, el odioso corsé le estaba frustrando. Quería notar su verdadero tacto, quería...

—Jeremy, no. —Edith trató de liberarse de los brazos masculinos, pero él no le prestó demasiada atención. Le había encantado oírle pronunciar su nombre. Lo consideraba muy íntimo y excitante.

—Un poco más. Deja que yo...

—¡No! —Terminó apartándose de un tirón; con toda la brusquedad de la que fue capaz.

Jeremy abrió los ojos y la vio casi de espaldas en el suelo, muerta de vergüenza. Se despejó de inmediato y el deseo se esfumó. O casi. Se levantó con torpeza y la ayudó a hacer lo mismo. Esta le soltó la mano tan pronto estuvo de pie y se agachó para coger el *dolman* y ponérselo. Ni siquiera lo miró.

—Edith, escucha... —No sabía por dónde empezar. ¿Cómo había ocurrido? ¿Qué se había apoderado de él para actuar de una forma tan carente de sentido? Quería arreglar las cosas con ella y había terminado seduciéndola en medio de un campo.

¡Increíble!

«Bueno, Jeremy, ahora la has dejado a punto para que Jonathan tenga el camino libre».

Con esa certeza, todas sus entrañas se contrajeron. De todas formas, que ella le diera la espalda le molestaba sobremanera. No le había desagradado, eso estaba seguro. O por lo menos al principio. Si no quería recibir sus atenciones, bien podía habérselo impedido.

—Tenemos que irnos —fue todo lo que dijo ella.

Quizás se había equivocado, pero no iba a tolerar que lo tratara como si no fuera más que un criado que ya ha cumplido con su deber.

—Ve tú si quieres —espetó, olvidándose de nuevo de los sentimientos de la mujer. Eso hizo que se diera la vuelta. Sus lágrimas aplacaron su genio—. Edith, lo siento —se disculpó. Ella asintió sin decir palabra, pero a Jeremy le pareció que no había acertado con las palabras—. Lo que quiero decir —carraspeó tratando de ser lo más sincero posible— no es que sienta lo que ha pasado, sino que no era la mejor forma de hacerlo ni el lugar más idóneo.

Al parecer había dicho lo justo, pues Edith se recompuso.

—A mí también me ha gustado. —Su inocente confesión lo desarmó por completo—. Pero continuar no hubiera sido lo más juicioso.

Ella tenía toda la razón del mundo, pero una parte de su cerebro y una muy concreta de su anatomía, no opinaban igual.

—Estás en lo cierto. Esto ha sido... —buscó las palabras justas— un desliz. No es que vayamos a casarnos.

Se hubiera dado de bofetadas. La expresión de Edith se crispó ante sus ojos. Vaya, parecía que con ella nunca acertaba. ¿Qué pensaba al decir eso? Uno no besaba a las mujeres y después les decía «pero no creas que eso nos obliga a casarnos». Le hacía parecer un aprovechado. Y quizás eso mismo era.

El único problema era que besándola se había sentido como en casa; como si estuviera haciendo lo correcto.

«Sí, lo correcto para lanzarla a los brazos de Jonathan».

—Por supuesto —dijo ella al fin, haciendo gala de una notable dignidad—. Ya lo había comprendido. —Sonrió, pero a él le pareció un gesto vacío y forzado—. ¿Nos vamos? Ya hace demasiado tiempo que nos hemos ido. Estarán preocupados.

—¿No me guardarás rencor por esto? —se lo preguntó para estar seguro.

—Por supuesto que no. Como tú bien has dicho, no ha sido nada

más que un desliz.

En lugar de sentirse aliviado, tal y como suponía, se sintió desalentado. Y mientras regresaban a casa, una insidiosa pregunta volvía una y otra vez. ¿Qué pasaría si Jonathan descubría que había besado a su futura esposa y que podría haber ido más lejos? Pero la peor de todas era, ¿y si descubría lo mucho que le había gustado?

Horas después, en el despacho de su casa, seguía rumiándolo sin cesar. Aun así, tenía cosas más apremiantes en las que pensar, como el trabajo que se acumulaba y la pospuesta charla con el administrador de la finca, pero al parecer, Edith, de una forma u otra, se había vuelto su centro del universo.

—Toc, toc. —Su amigo estaba apoyado en el marco de la puerta con aire despreocupado. Ni tan siquiera lo había oído abrir la puerta—. ¿Piensas estar mucho tiempo más aquí encerrado?

—Apenas he empezado. Necesito ponerme al día. —Estampó el sello de la familia en un papel y lo apartó para concentrarse en Jonathan—. ¿Me necesitabas para algo?

—Hombre, necesitarte, necesitarte no, pero la hora de cenar está a punto de llegar y he creído conveniente sacarte de entre este montón de aburridos papeles. —Se sentó en una silla.

—Si no lo hago yo, nadie lo hará.

Jonathan le sugirió, no por primera vez, que contratara a un secretario parecido al señor Pickens, que llevaba a su servicio muchos años ya, pero Jeremy no estaba convencido de tener a alguien que controlara cada paso que daba en cuanto a sus asuntos financieros y que le dijera qué tenía que hacer en cada momento.

—Pues entonces no te quejes. Yo, por el contrario, incluso cuando salgo de viaje, lo tengo todo bajo control. —A pesar de su alegría y aparente despreocupación era un hombre bastante disciplinado—. Supongo también que cuando encuentre a la mujer indicada deberé hacer una reestructuración.

Sí, Jeremy no acababa de imaginar que una esposa estuviera muy conforme con estar siempre de viaje y que, en las ocasiones en que lo hicieran, tuvieran que llevar al señor Pickens y a Georgette como un

equipaje habitual más.

—¿Y Edith es la mujer indicada para ello? —formuló la pregunta porque tenía que hacerlo. Que la respuesta le complaciera ya era otro cantar.

Jonathan lo meditó unos segundos.

—No estoy seguro de ello. Apenas nos conocemos.

—Pero pretendes hacerla tu esposa.

—Sí, ¿y? La vida me ha enseñado que las oportunidades se cogen al vuelo. No puedo permitirme esperar a que el amor de mi vida decida aceptarme o aparezca de repente. ¿Quién sabe? Quizás ya tuviera más de cincuenta años cuando eso ocurriera.

—¿Lo dices por Isobel? Porque si es así, le estás haciendo un flaco favor a Edith casándote con ella y amando a otra. —Jeremy lo observaba pasearse por la vida como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Nada más lejos de la realidad.

—Isobel es un tema espinoso y lo sabes. La he querido desde que la conocí. Más de diez años codiciando su amor y me duele que no acepte...

—Ejem... —El carraspeo sobresaltó a ambos por igual. Leonor los miraba desde la entrada del despacho—. Lo siento, no quería ser grosera y escuchar la conversación, pero la puerta estaba algo abierta y...

—No se preocupe, señorita Price. —Tanto él como Jonathan se levantaron—. No es culpa suya. —A Jeremy le sorprendió lo rígida y formal que parecía. Además, se dirigía solo a él, como si Jonathan no estuviera en la misma habitación—. ¿Qué deseaba?

—Solo venía a informarles de que la cena está a punto de servirse y que la duquesa les conmina a acudir.

Hizo una formal reverencia y se marchó.

—Extraña conducta. —Jeremy se masajeó el mentón.

—¿Por qué extraña? Yo la he visto como siempre —murmuró Jonathan mientras se alisaba la chaqueta del traje.

—¿No te ha parecido...? —No podía definirlo con exactitud, era como si hubiera estado ausente o... ¡bah! Quizás eran bobadas de las tuyas—. Deben ser imaginaciones.

—Lo más seguro. De todas formas espero haber convencido a tu instinto de protección respecto a Edith. Creo que será buena esposa.

¡Maldición! Él también comenzaba a creerlo.

—Si estás seguro...

—¿Tú no? —Le lanzó una sospechosa mirada cargada de significado.

Jeremy se puso alerta y se mostró cauto con qué decir a continuación. No quería dar a entender otra cosa que una ligera pero comprensible incertidumbre.

—No la conozco tanto como para ello. Tal vez si supiera lo que buscas en una esposa, podría hacer una valoración más exacta. —Resultaba aterrador considerar la posibilidad de hacerlo fracasar en su intento de que Edith lo aceptara mintiéndole sobre su carácter. ¿Qué le sucedía?

—La verdad, no me importa su aspecto físico. En cuanto a temperamento y forma de proceder todo me vale mientras no me mientan y sean fieles.

—Eres poco exigente. No entiendo cómo no estás ya casado y con una prole de hijos a tus alrededor.

Era una lástima que no pudiera descalificarla en cuanto a la falsedad y fidelidad. Sin tener pruebas fehacientes de ello intuía que Edith sería fiel hasta su último aliento. En cuanto a la mentira, él era el vivo ejemplo de lo poco que le costaba ser franca. Vaya, que era el prototipo de lo que Jonathan buscaba.

«Como podrían serlo la mayoría de mujeres de Inglaterra, so bobo».

—Así soy yo, un hombre poco o nada complicado. En cambio tú debes de tener un estereotipo que se adapte a tus expectativas. ¿Qué me dices de ello?

Jeremy no lo tenía. Al principio, cuando era más joven sí, por

supuesto, pero cuando los años empezaron a sucederse al mismo tiempo que las mujeres entraban y salían de su vida, se replanteó las cosas. Solo quería una especial. La destinada para complementarlo y que le hiciera estar orgulloso de llamarla esposa. No importaba su color de pelo, ni si no dominaba el piano ni el arte de conversar en público. Hasta hacía no demasiado, las prefería hermosas. Con Camile hizo una excepción porque en su fuero interno sabía que no se casaría con él, que seguía amando a Garrett Bishop, pero las demás habían sido bonitas. Solo ahora se daba cuenta de que ni eso le servía. Podía acabar amando a una mujer con el rostro feo sin ninguna vacilación.

«Sé completamente sincero, Jeremy. Solo te viene una imagen a la cabeza y mucho me temo te estás dando cuenta demasiado tarde».

Se salvó de responder cuando un lacayo les interrumpió. La duquesa se estaba impacientando por su tardanza y les exigía su presencia de inmediato. Así que, aunque Jeremy no se había cambiado de ropa, se dirigieron al comedor a cenar.

La velada entre los cuatro fue bien. Desde la visita del párroco, su abuela había incluido a Leonor en las comidas cuando antes no lo hacía.

—Es para equilibrar las cosas —se excusó—. Me temo que os aburriréis si solo contáis conmigo.

A él no le molestaba. Además, su dama de compañía hablaba lo justo y solo cuando tenía algo interesante que aportar. Esa noche no parecía querer hacer siquiera un esfuerzo por participar. Se mostraba educada pero distante, algo bastante extraño. No era cosa suya, pero más tarde se lo preguntaría a su abuela.

En cambio, Jonathan se mostró más alegre y locuaz de lo que era habitual en él. Incluso pensó que parecía que estuviera sobreactuando. Entretuvo a su abuela con historias impropias de la mesa, pero como ella no lo detuvo, él tampoco lo hizo. No tenía cabeza para sermones.

Ya estaban terminando los postres cuando Margaret, alias *La Instigadora*, soltó la bomba.

—Mañana he invitado a cenar a Edith junto con sus tíos.

Una pesada piedra se instaló en su estómago.

«Esto va muy rápido», pensó. «Incluso para Jonathan».

Había distinguido con claridad la sorpresa en su rostro. Ciertamente se recompuso con rapidez, pero le hizo pensar que detener el avance de las maquinaciones de su abuela sería bien recibido.

—Un poco precipitado, ¿no crees?

—En absoluto. —Desechó el comentario con la mano—. Quiero que empiecen a considerar la idea de casar a su sobrina.

—Y esperarás que también haga mi papel —tanteó. Con ella nunca se sabía, pero si asentía se negaría en rotundo.

—No, querido Jeremy, límitate a hacer de anfitrión. Uno muy amable y atento, por supuesto —añadió.

—Siempre lo soy —refunfuñó.

—Nadie lo pone en duda —intervino Jonathan—, pero estoy de acuerdo con tu abuela. Las cosas marchan bien y es necesario dar el siguiente paso.

«¿Que las cosas marchan bien? ¿Qué se había perdido?».

Cuando lo preguntó, Jonathan le aseguró que Edith se mostraba muy receptiva a sus galanteos.

—Aunque también hay que agradecer tu aportación, desde luego. Sin tu colaboración no habría garantía de éxito —aseguró sin pizca de remordimientos.

—Ya sabes lo que dicen: nada vale la pena si no lo consigues con el sudor de tu frente —apuntó socarrón. A ver si se daba por aludido.

—¿Y eso quién lo dice? —preguntó. El muy imbécil se limitaba a sonreír.

—Yo.

—Ah, comprendo. —Se levantó de la silla—. Lamento tener que cortar aquí nuestro interesantísimo duelo de ingenio, pero estoy muy cansado...

—De no hacer nada —acotó Jeremy inmisericorde. Se había reclinado en la silla con los brazos cruzados. Una posición nada elegante.

—Pues eso —confirmó para nada afectado por el exabrupto de Jeremy—. Además, Georgette reclama de mi compañía. Ya saben, la tengo abandonada.

—Pues cástate con el animalucho dichoso y estate siempre pendiente.

—¡Jeremy, no seas grosero! —lo reprendió la duquesa.

—No importa —lo disculpó sonriente—. Demasiados papeles y números para su pobre cabeza —se dirigió a Leonor—. Con gusto la acompañaré si desea retirarse.

Ella fue amable, pero firme en su negativa. Una vez más, Jeremy tuvo la sensación de que Leonor estaba extraña, sobre todo cuando, a los pocos minutos de marcharse Jonathan, esta, después de asegurarse que su abuela no necesitaba de su ayuda, pidió permiso para retirarse.

Se lo comentó a ella. La respuesta fue bastante sorprendente.

—Imaginaciones tuyas. Leonor está como siempre. —No le iba a confesar que compartía su misma opinión y que además sospechaba del motivo. Había estado tan concentrada en su nieto y Edith que no lo había visto venir—. Y aprovechando que estamos solos me gustaría saber por qué te has comportado así con Jonathan.

—¿Así cómo? —Jeremy no pensaba contarle nada. Se mostraría tan evasivo como pudiera.

—No te hagas el tonto conmigo que no te funcionará.

—Nada de lo que debas preocuparte, abuela. Y en cuanto a lo de mañana... —tanteó.

—No empieces. No tengo ganas de discutir contigo.

—Solo quería saber a santo de qué les dirás que es la cena. —Ella le miró con gesto de incompreensión—. El motivo —especificó.

—Bah, me inventaré cualquier cosa sobre la marcha.

—Eso, encima improvisación.

—Jeremy, he estado pensando... ¿Crees que se la llevará? — preguntó la duquesa.

—¿Quién se llevará a quién?

—Jonathan, a Edith, cuando se casen —matizó—. Me pregunto si se trasladaran a Londres. O cualquier otro lugar alejado. Sería una pena dejar de verla tan a menudo. Si se quedara sería una ventaja para todos.

—¿Ah, sí? —Después de todo había conseguido que la cena se le atragantara.

—Por supuesto —afirmó rotunda—. Tú tendrías a tu amigo viviendo cerca de aquí y yo me seguiría complaciendo con las regulares visitas de Edith. Todos ganamos. Incluso podríamos considerarnos como de la familia. —Se la veía tan ilusionada con esa absurdidad que no tuvo valor para negarlo. Estiró la boca en un intento de sonreír—. Todavía le tienes ojeriza, ¿verdad?

—¿A Jonathan? —preguntó confundido.

—No, a Edith. Sé que estás haciendo un tremendo esfuerzo por ser amable. Incluso te hemos pedido que finjas cortejarla. ¡Y no la soportas! —Hizo un gesto de disculpa—. Quizás no te lo he agradecido como correspondía. Creo que, dado tu historial con las mujeres, estás haciendo un gran favor a Jonathan. Esto te debe de estar resultando un verdadero suplicio.

«Sí, abuela, uno muy grande; pero no como tú crees».

—No quiero hablar de ello —murmuró por lo bajo.

—No te preocupes —continuó esta—. Si te consuela saberlo, te prometo que en menos de un mes tendremos a Edith comprometida.

* * *

Edith estaba nerviosa. Con el espejo de mano observó atenta cada pulgada de su rostro, esperanzada por no encontrar ninguna imperfección en la piel. Con su mejor traje a cuestas, la cena en

Stanbury Manor no era el acontecimiento más esperado para ella. Se quedó estupefacta cuando, el día anterior, al llegar a casa, sus tíos le notificaron llenos de emoción la invitación que les acababa de llegar.

—¿Es el duque? —le había preguntado tía Cecile.

La respuesta había supuesto un dilema. Ella estaba segura que por parte de Jeremy no había sentimientos válidos, al menos en lo que a matrimonio se refería. Era evidente que no podía ignorar el beso así como así. Bueno, ni podía ni quería. Ese momento había sido la culminación de todos sus sueños infantiles, juveniles y de su vida como adulta; lo cual era bastante patético y deprimente. Su propia inseguridad respecto a su belleza física le hacía cuestionarse el porqué de ese beso.

¡Pero si no la soportaba!

En esos días había visto cómo, a pesar de sus diferencias, si lo intentaban de verdad tenían mucho sobre lo que hablar sin sarcasmos y palabras hirientes de por medio. Al menos ella había conseguido dominar esa ferviente furia hacia él, fruto de su no correspondido sentimiento, por supuesto. Este, en cambio, cada vez que abría esa enorme boca hacía el pozo más hondo. ¿Que no quería casarse con ella? Pues de acuerdo. Estupendo; podía digerirlo.

«Mentirosa». Su voz interior habló, pero ella la ignoró como hacía siempre que le replicaba alguna cosa de la que no deseaba percatarse.

Aun así, la compañía que Jeremy le dispensaba se parecía mucho a lo que ella entendía por definición de cortejo. Hacía lo mismo que Jonathan, aunque con las manos más largas que el otro.

De todas formas, no podía creer haberle confesado que también le había gustado. ¿Qué clase de persona pensaría que era? Quizás imaginara que, dadas las circunstancias, podía seguir haciéndolo. Eso le hacía replantearse las cosas. Tal vez un tiempo de visita en casa de sus otros parientes, en Leicester, fuera una conveniente idea.

—¿Estás lista?

El golpe de la puerta junto con la voz de su tía le hizo darse cuenta

que si no se apresuraba llegarían tarde.

Abajo, en el vestíbulo de la casa, sus tíos se paseaban impacientes y a todas luces nerviosos.

—¡Ahí estás! —exclamó tío Robert al verla descender las escalera—. Muy guapa, por cierto —asintió aprobador.

Edith le hubiera llenado de besos por tan halagadoras palabras. Su amor por ella le hacía obviar su evidente falta de atractivo, pero Edith no se engañaba. Eso sí, esa noche lucía un precioso vestido que estrenaba ese mismo día. El tono gris perla la favorecía muchísimo. El escote en forma de uve, que terminaba adornado con un lazo en color vino, resaltaba su pecho sin exagerar. La falda tenía dos capas que dejaba ver los fruncidos y los pliegues, muy acorde con el tipo de recogido que lucía. La verdad que pocas veces se había sentido tan bonita, pero de ahí a llamarla guapa...

—Sí. —Su esposa estuvo de acuerdo—. Quien te escoja no podrá ser más afortunado.

Vaya, no se esperaba ese alarde de alabanzas. Sus emociones estaban a flor de piel y no quería ponerse más sentimental todavía, pero cuando los tuvo a su alcance los cogió de las manos y se las besó para intentar transmitirles lo mucho que agradecía sus palabras.

Durante el corto trayecto en carruaje, su tía lanzó un esperanzado suspiro y añadió:

—Ojalá fuera el duque quien te pretendiera. —Su tío y ella prestaron oídos sordos al inesperado comentario, pero ella siguió con su monólogo—. No es que quiera despreciar al señor Wells, seguro que tiene su propia fortuna, pero imagino qué orgullosa se habría sentido tu madre si llegaras a ser duquesa.

—Debemos ser realistas, querida —intervino su marido—. ¿Un duque pretendiendo a nuestra Edith? Lo lógico sería que buscara entre los de su misma clase social.

Edith pensó en ello y asintió. Era algo que siempre había sabido. No solo se trataba de la falta de sentimientos de Jeremy hacia ella, sino de

la enorme distancia que había en cuanto a clase social. Lo cierto era que todo apuntaba a que fuera Jonathan quien se mostrara como candidato. No obstante, no podía culpar a su tía por soñar. Suponía que los acontecimientos actuales la sobrepasaban.

«Como a todos», pensó con sarcasmo. Ella era la primera en admitir que la situación era de lo más inusual.

El mayordomo y tres lacayos estaban esperando para recibirles y eso la hizo sentir importante. En los años en los que se habían limitado a abrirle la puerta y anunciarla de forma estoica, no había comprendido que era una forma de familiaridad. Esta vez, el tono y rigidez de los sirvientes daba a entender una cosa muy distinta. Los trataban como si fueran unos valiosos invitados, por lo que se sintió impresionada.

Fueron acompañados a la parte más oriental de la mansión. La estancia a la cual les invitó a entrar estaba decorada en terciopelo rojo y oro. Edith nunca había contemplado nada tan espectacular y por un momento loco se imaginó siendo la dueña de eso. En una de los sillones con respaldo alto, la duquesa los aguardaba. A su lado, una Leonor muy elegante les miró con atención. El mayordomo desapareció de forma silenciosa tan pronto como les anunció.

—¡Bienvenidos! —Margaret se levantó para recibirlos y mostró una gran sonrisa.

—Su Gracia. —Sus tíos le hicieron una reverencia que ella secundó con torpeza. No es que no supiera, pero como nunca la hacía, el gesto la había tomado por sorpresa.

—Oh, ya basta de tantas formalidades. —Desechó con una mano y los invitó a sentarse enfrente. Todos, incluida Leonor, lo hicieron. Las presentaciones no fueron necesarias porque todos se conocían—. ¿No les importará si mi dama de compañía se une a la cena, verdad?

Sus tíos negaron con rotundidad. A decir verdad, la situación ya era extraña de por sí. Que la duquesa deseara invitar a Leonor no les afectaba en lo más mínimo.

—Estamos encantados de estar aquí —se atrevió a comentar tía

Cecile.

—Me alegro. He de decir que he hecho un esfuerzo especial para que todo saliera bien. —El críptico comentario añadió más dudas a las que ya tenían—. Y tú, Edith, querida, esta noche estás especialmente encantadora.

Edith solo sonrió y la conversación empezó a fluir, pero era evidente que la curiosidad de sus tíos era muy fuerte, aunque no se atrevieran a preguntar de forma directa cuál era el motivo de la cena.

Al poco tiempo llegó Jonathan. Su sonrisa afable y sus modales desenvueltos distendieron el ambiente. Solo Leonor daba muestras de ser inmune a su arrolladora personalidad, mientras que su tío se lo pasó en grande hablando del guacamayo que todavía no conocía.

Cuando Jeremy hizo su aparición, Edith no pudo evitar contener el aliento ante tan maravillosa visión. De rigurosa etiqueta y con un aspecto muy formal, su presencia les impuso nada más traspasar las puertas.

—Perdonen el retraso —se disculpó—. Al parecer he confundido el lugar donde debíamos encontrarnos.

La duquesa disimuló su regocijo ante la sorpresa de su nieto. Si de entrada le hubiera comunicado en dónde estarían, se hubiera opuesto con rotundidad. Esa sala era el lugar en el que la familia recibía a los más importantes cargos de la nación, a los nobles más ilustres y las damas más distinguidas. Ninguno de los invitados podía saber eso, por lo que no se sintieron cohibidos, pero Jeremy la miró tratando de adivinar qué se proponía.

«Cuando te quieras dar cuenta, ya estarás metido hasta el fondo», pensó con socarronería la mujer.

Tenía que mostrarse hábil y astuta para que ninguno de los presentes, con las excepciones de Leonor y Jonathan, pudieran llegar a entrever los entresijos de su ambicioso plan. Edith no tenía título ni una fortuna descomunal, pero era, y siempre lo había sabido, la mejor y única opción para Jeremy.

Cuando se tenía todo lo que uno podía ambicionar, posición, poder y fortuna, solo se podía aspirar a la perfección. Y, ¿qué era más importante que desear que tus seres más queridos fueran felices? Había perdido a su esposo a muy temprana edad; lo justo para darle a sus maravillosos hijos, el primero del cual había fallecido. Rose, la primogénita de su hija Judith, también falleció, al igual que el marido de esta, por lo que a esas alturas poco podía hacer ya por los que le quedaban vivos más que darles la oportunidad de vivir una gran historia de amor. Su otra nieta, Odethe, ya lo hacía gracias a ella. Solo quedaban Jeremy y su bisnieta Phillipa, la hija de Rose, pero esta era muy niña todavía. Así que en Jeremy se centraban todos sus esfuerzos.

Le gustó la forma en que trataba de no mirarla. Un mes antes, su nieto creía no soportarla, pero ella imaginaba la verdad desde hacía años. Ahora, el esfuerzo que hacía por aparentar indiferencia le daba a entender que sus sentimientos no eran los de antaño. Incluso miraba mal a su amigo del alma cuando él le ofrecía un cumplido. Parecía un niño que ve cómo le quitan el dulce ansiado delante de sus narices.

«A ver si espabilas», pensó. Esperaba que su nieto tuviera el coraje suficiente para luchar por ella.

Edith, por su parte, conseguía fingir que allí no pasaba nada de extraordinario, pero ella la conocía mucho mejor que eso. Eran muchos años de escucharla y leer entre líneas. Esperaba que cuando este ardid se descubriera pudiera entender sus motivos y perdonarla.

El mayordomo entró para avisarles de que la cena estaba a punto de ser servida, por lo que todos se trasladaron a uno de los comedores cercanos.

Para sorpresa de Jeremy, se encontró muy a gusto entre los comensales. Los tíos de Edith eran gente refinada pero sencilla de tratar. Hablaron de múltiples temas en los que tanto esta como Leonor participaron. Tenía muchas cosas en común con Robert Bristol y le complació que su abuela disfrutara de la presencia de su esposa con tanto entusiasmo. Durante un buen rato olvidó cuál era el motivo de la

cena, pero no dejó de apreciar a su compañera, justo a su lado derecho, en medio de Jonathan y él. Era la vez que más la había oído hablar. Expresó toda clase de opiniones sobre esto y aquello y no pareció tenerle en cuenta su último comentario. Podía ser que fuera un fingimiento perfecto, pero quería creer que se encontraba a gusto en su casa y a su lado. No obstante, no pudo evitar notar que con Jonathan se mostraba menos comedida que con él.

«Mala señal», gruñó para sí.

Había estado pensando sobre los sentimientos que ella le inspiraba, pero siempre parecía que no llegaba a ninguna parte. Su propia indecisión le resultaba muy molesta y no sabía si sería capaz de vencer sus miedos, porque al fin y al cabo eso eran: miedos. Sobre qué sentiría Edith por él, si sería la adecuada, si lo que sentía era fruto de la situación con Jonathan o algo más real... Pero sobre todo lo aterraba estar enamorándose y que ella hiciera como todas: alejarse en pos de otro caballero al que amara más. Deseaba la felicidad de su amigo, pero no sabía si a costa de la suya.

La cena terminó en una agradable armonía que la duquesa quiso conservar.

—Somos demasiado pocos para que damas y caballeros nos separemos —anunció. Propuso pasar a la sala vecina en donde disfrutarían de un agradable licor en mutua compañía.

—¿Estás disfrutando? —le preguntó a su abuela en uno de los instantes en las que se quedó sola.

—Mucho. Son gente muy agradable, ¿no crees? —susurró sin esperar su respuesta—. Pero lo mejor de todo es que he sabido que Jonathan les parece estupendo como marido para Edith.

—¿Qué les has dicho? —farfulló en un susurro colérico. Ya podía ir olvidándose del bienestar y la tranquilidad.

—Yo nada —se defendió—, pero cuando Jonathan ha solicitado su permiso para pasear con ella por el jardín...

«¿Qué, cómo, cuándo?». Su perplejidad y azoro aumentaron.

—¿Qué quieres decir? ¿Ahora?

—¿Cuándo va a ser, si no? —La duquesa señaló a la pareja que procedía a salir por una de las puertas que daba al jardín—. Y si no voy mal encaminada... —Se aproximó más a él en gesto cómplice—. Creo que le pedirá su mano en matrimonio.

Jeremy miró acongojado en todas direcciones. Los tíos de Edith observaban con aire de quienes esperan un anuncio formal. Y esas palabras... Matrimonio.

Tenía que hacer algo, y ya.

«¿Me lo pedirá?».

Esa era la pregunta que Edith se repetía una y otra vez mientras caminaba del brazo de Jonathan.

La situación se le escapaba de las manos y era una sensación que no le gustaba nada. Todavía no había tomado una decisión en firme, pero las cosas se precipitaban de tal modo que no le dejaban más alternativa que actuar.

La luna estaba excepcionalmente hermosa esa noche, cosa que Jonathan hizo notar. Cuando se desvió hacia los setos, que ocultaban parte de la vista, no tuvo dudas sobre sus intenciones.

—Creo que este es un buen lugar —afirmó este. Encontraron un pequeño banco de piedra—. ¿Le apetece sentarse?

Qué remedio le quedaba.

—Por supuesto —dijo, sin embargo, de lo más comedida.

—Es usted una mujer muy interesante, Edith —empezó él.

«Curiosa forma de expresarlo, sobre todo teniendo en cuenta que deseas que sea tu esposa». Solo sonrió instándole a seguir.

—Cuando llegué a Stanbury Manor a pasar unos días —continuó él, obviando el hecho de que esos días se habían convertido en semanas —, no pensé ni por un momento en que mi estancia resultaría tan entretenida, reveladora y de vital importancia.

«¿Lo dice por mí? Porque por un instante me ha parecido que hablaba de algo diferente de lo que nos ocupa».

—Sé que es todo muy precipitado. —El monólogo de Jonathan seguía y ella estaba a un tris de dispersarse—, pero considero oportuno decirle que me tiene hechizado.

«Ya está, lo ha vuelto a hacer». Cuando Jonathan no pudo mirarla a los ojos de la forma en la que la tenía acostumbrada, se le ocurrió que

parecía aparentar ser sincero en lugar de serlo.

—¿De verdad? —fue todo lo que pudo contestar. Quizás su evidente falta de entusiasmo desconcertara a su interlocutor.

—Sí. Quizás... esto... he pensado que usted y yo, esto... —tartamudeó de nuevo. A pesar del desparpajo con el que se expresaba a diario, estaba sorprendida por la evidente falta de locuacidad que mostraba en esos momentos. Parecía estar esperando que algo o alguien saliera de la semioscuridad—. Deberíamos casarnos —anunció por fin.

—¿Casarnos? —boqueó. Aunque ya se imaginaba lo que tenía que proponerle, su mente se quedó en blanco ante la pregunta.

—¿Estás bien? —Su acompañante, siempre tan receptivo a sus necesidades y considerado con ellas, la miró con atención. Parecía como si buscara en su rostro una señal o una confirmación que Edith no lograba entender.

Parpadeó bastantes veces con la intención de despejarse. De lo único que tenía que preocuparse ahora era de que por fin alguien le había hecho «la pregunta». Debería estar exultante; sin embargo, lo único que pudo pensar es que no era Jeremy. Si el que formulara la sencilla, pero crucial propuesta, hubiese sido el hombre del que estaba enamorada, las cosas serían muy distintas. Muy a su pesar se imponía la más absoluta de las sinceridades; o al menos la suficiente, ya que no le apetecía revelar su amor por el duque de Dunham. En ese momento supo sin lugar a dudas que prefería pasar una vida en solitario que una acompañada sin el amor que esperaba.

—Jonathan, me temo que...

—¡No! No respondas todavía —la instó—. Sé que es un paso difícil. No obstante, creo que si queremos saber si puede haber algo más profundo entre nosotros, lo más acertado sería, hummm... besarnos.

Esto último casi ni lo oyó de lo mucho que bajó la voz.

—¿Besarnos? —repitió Edith. Su tono no fue nada comedido. Esa situación era cada vez más absurda.

—Shhhhhhhh —la instó a bajar la voz. Parecía alarmado.

—¿Crees que es juicioso? —también había reducido el tono de su voz a apenas un susurro.

—No lo sabremos si no lo probamos —adujo Jonathan. Su cabeza se acercó de forma peligrosa a la suya y sus labios empezaron a descender.

«Sé valiente Edith. Nada pierdes con probar». La joven se dio ánimos como si en lugar de ser besada por un atractivo caballero estuviera a punto de ser enviada a una ejecución.

Al final, no pudo. Fue toda una sorpresa que su acompañante fuera el primero de los dos en expresar esa misma opinión.

—No puedo. —Se apartó con una agitación evidente, muy similar a la suya.

—Eso es lo que quería decirte. No funcionaría. —La sinceridad con la que lo dijo hizo sonreír a Jonathan—. No te amo.

«Como si eso resolviera algo», se reprochó a sí misma.

—Bueno, si este es el punto definitorio, yo tampoco...

—¡Jonathan, Jonathan! —La inconfundible voz de Jeremy impidió que terminara de expresarse. Los dos se levantaron de golpe, como si hubiesen sido sorprendidos en una falta.

Eso mismo fue lo que vio el intruso. Y no le gustó. Para nada.

—¡Aquí estoy! —Su amigo ya se había recompuesto—. En carne y hueso.

—La duquesa necesita hablarte con suma urgencia. —Utilizó un tono pomposo que Jonathan reconoció.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere? Estoy en medio de un asunto de vital importancia.

—¿Y cómo voy a saberlo? Además, sea lo que sea que estuvieras hablando puedes postergarlo para más tarde. —Se giró hacia Edith, a la que había ignorado de forma deliberada—. En cuanto a usted, señorita Bell —su tono despreciativo se puso de manifiesto. Ni tan siquiera recordó la angustia que sintió solo de pensar que ella aceptara

la propuesta de sus amigo—, también ha sido requerida su presencia —hizo una pausa—. De forma más inmediata aún.

—Pero si no hace ni diez minutos que hemos salido —protestó algo confusa y culpable.

—Yo de usted me apresuraría a ver qué desea la duquesa —propuso Jonathan en forma amable.

Edith asintió y pasó al lado de los dos hombres. Cuando traspasó el seto empezó a andar hacia la casa. Todavía se sentía bastante confusa sobre lo que acababa de ocurrir. La verdad era que, en las últimas semanas, las situaciones ilógicas se habían sucedido una tras otra, pero lo que más la desconcertaba era Jeremy. Por eso, en contra de lo que dictaban las normas y siguiendo su instinto, giró sobre sus pasos para pedir explicaciones. Ya estaba harta de tantos misterios y preguntas sin responder. No obstante, cuando llegó de nuevo a la altura del seto, las voces de los dos hombres provocaron que no revelara su presencia todavía.

—¿Qué pretendías? —El reproche de Jeremy dejó a Jonathan la mar de satisfecho. Cruzó los brazos.

—Tú ya lo sabes. Es más, al principio estabas de acuerdo con ello. Tu misión era que la cortejaras para lograr que fuera más receptiva a mi compañía. Cosa que has hecho muy bien, por cierto —repuso con socarronería.

—Pero he oído el silencio. —Jeremy se negaba a ceder—. La estabas besando.

El tono de censura de sus palabras era lo que Jonathan esperaba. En algún momento del plan había temido que la duquesa no estuviera en lo cierto y que él hubiera acabado casado con Edith. No es que le pareciera mal como esposa, pero como ella tan acertadamente había señalado, no había amor entre ellos. Era un alivio entrever los celos de su amigo. Para su más completo asombro, el duque de Dunham parecía enamorado de Edith Bell, la mujer que unas semanas antes afirmaba

no soportar.

—Eso no debe importarte, querido amigo. —Quería hacerlo sufrir un poco—. A partir de ahora, lo que pase entre Edith y yo no es de tu incumbencia. De todas formas, me sorprende tu súbita aparición. Contaba con la bendición de sus tíos y tu abuela. ¿Por qué te has presentado así, de repente? Es de muy mala educación hacer eso.

—Esperaba evitar que cometieras una estupidez. —Se le veía sofocado y furioso.

Jeremy no pensaba con demasiada claridad y las palabras de Jonathan no ayudaban. Había tratado de esperar en el salón a que regresaran, pero entonces imaginó a la pareja volviendo a entrar, felices, para anunciar que estaban prometidos. Se había bebido el licor de un trago y con una atropellada disculpa había salido con rapidez también al jardín. Ni quería ni podía pensar en el rostro de su abuela y los tíos de Edith al verle salir detrás de la pareja, pero tenía que evitar que ella diera el sí.

No contaba con que Jonathan la besara. Cuando habían bajado la voz y dejó de percibir sonido alguno detrás del seto, se había apresurado a rodearlo. ¿Qué hacer ahora? Si es que él había hecho lo mismo, pero con la ventaja de que Jonathan no lo sabía. Además, ¿cómo podía reprochárselo sin acabar confesando algo que ni él mismo entendía? También había descubierto que pensar en ver a Jonathan casado con ella le producía dolor físico. No sabía qué hacer.

—Creo que se impone un agradecimiento. —Jonathan siguió con la farsa sin saber que Edith lo estaba escuchando todo—. Sin tu habilidad para no conservar a las mujeres, no lo habría tenido seguro. Has fingido de forma excelente tu atracción por ella. Tendrías que explicarme cómo lo haces.

—Yo no... —iba a rebatirlo. Quizás ya era hora de aceptar la verdad.

—Sí. —La súbita afirmación los sorprendió tanto que se echaron para atrás. O quizás fue lo que vieron en el rostro de Edith, recién

surgida de la nada—. Explica cómo lo haces. Yo también deseo saberlo.

Ambos sabían que estaban en graves problemas.

—¿Por qué las cosas siempre ocurren de esta forma? —se lamentó Jonathan.

—Edith... —Jeremy no sabía ni cómo arreglarlo, pues estaba más que claro que les había escuchado.

—Para usted, duque de Dunham, soy la señorita Bell. —Su actitud no podía ser más hosca y altiva—. Y ya que estamos, lo mismo para usted, señor Wells.

Edith no podía creer lo que había oído de labios de esos hombres. ¿Qué hacía una mujer en sus mismas circunstancias? ¿Cómo se podía reaccionar a una traición y burla semejante?

—Si dejara que nos explicáramos... —tanteó Jonathan.

—Oh, no se preocupe, eso es precisamente lo que deseo, una explicación; y más vale que sea buena —añadió.

—Pues... esto... —Al parecer no se le ocurría nada convincente. Ah, si la duquesa estuviera ahí...

Los hechos la confundían, la verdad. Si Jonathan había intentado casarse con ella bajo la descabellada premisa de la mala suerte del duque con las mujeres, no entendía su actitud anterior. Y Jeremy... ¿De verdad se había prestado a ese juego con una base tan endeble e insensata? ¿Quién creería semejantes disparates?

—¿Nada? —preguntó—. ¿Nada que añadir en su defensa? —Los dos parecían mudos—. No sé a qué juego estúpido y ultrajante han estado jugando ustedes dos como forma de combatir el aburrimiento, pero les aseguro que esto no va a quedar así. Cuando mi tío y la duquesa se enteren desearán no haber levantado la cabeza de la cama en su vida. —Por el modo en que se miraron de reojo, o quizás debido una ocasional brillante deducción, supo que la duquesa estaba metida en todo eso—. Así que las cosas van por ahí. —Su tono era de resignado abatimiento—. ¡Dios, qué barbaridad!

Si no se marchaba de inmediato acabaría por lanzarles algo a la cabeza.

Y eso mismo hizo. Volvió a la casa e instó a sus tíos a marcharse de inmediato sin dirigir siquiera una palabra a la duquesa. Estos, desorientados por completo, la siguieron después de deshacerse en excesivas disculpas. Al final, no tuvo más remedio que contarles lo que sabía. Su reacción no se hizo esperar. Su tío, fuera de sí por la ofensa, quiso volver a pedir explicaciones, pero tanto ella como su esposa lo impidieron.

En los días venideros rechazaron los continuos intentos por parte de los habitantes de Stanbury Manor de disculparse, devolviendo cada nota que les fue enviada.

Tía Cecile lloró por su vergüenza y Edith rememoraba lo sucedido una y otra vez. Los rostros y las palabras de aquellos que se hacían llamar caballeros no las olvidaría mientras viviera, como tampoco el dolor de la traición, que no había menguado ni un ápice.

El día anterior había recibido la visita de Leonor. No había pensado en ella, pero suponía que trataba de hacer de mediadora. No había previsto que su intención era sincerarse y confesar que, aunque no había participado, estaba al tanto de todo. Su predisposición no estaba capacitada para el perdón, así que la echó de su hogar tan pronto confesó el pecado.

En otras circunstancias hubiera reaccionado de otro modo, pero era demasiado para asimilar.

—Querida. —La voz de su tío desde el otro lado de la puerta de su habitación la sobresaltó. Corrió a abrir—. Cecile manda que te diga que no es bueno que te pases todo el día encerrada y que te conviene un corto paseo.

—No me apetece. —Prefería regodearse en su miseria.

—Hazlo por nosotros. Quizás el sol te quite parte la pena.

Dudaba de que el sol tuviera esa capacidad sanadora, pero la intención era buena y su preocupación demasiado genuina como para

ignorarla.

Cogió su capa morada con flecos beige, que se puso encima de su vestido rosa salmón, y un sombrero con una cinta violeta. Cuando estaba a punto de anudársela bajo la barbilla, un recuerdo de ella y Jeremy persiguiendo un sombrero le hizo detener el movimiento. En un gesto de rebeldía se lo dejó sin atar. Se apropió de una cesta con la intención de sacar provecho del paseo y coger así unas cuantas flores para los jarrones de la casa.

Cuando salió al camino torció a la izquierda, una dirección opuesta a la que solía escoger y que la alejaba de Stanbury Manor. Esta vez quería evitar algún encontronazo indeseado. Respiró hondo y se empapó de la belleza del prado.

«Cuánto voy a echar de menos esto», pensó nostálgica.

Había puesto en práctica la idea que ya acariciaba desde hacía un tiempo. Al día siguiente de la desastrosa noche había escrito una carta para ponerse en contacto con los parientes de Leicester y ver si podían acogerla durante una buena temporada. Quizás así pudiera olvidar con más facilidad y ordenar sus pensamientos. Tampoco descartaba conocer un buen hombre y casarse con él, cosa que había mencionado en la carta que había enviado. No obstante, aun recibiendo una respuesta afirmativa, no se había sentido feliz.

Al final, Jeremy y los Gibson pasarían a formar parte de su pasado.

—¡Por fin la encuentro!

La exclamación vino acompañada de una voz que conocía. Se tensó y trató de hallar un lugar por el que huir, pero solo se encontró con un Jonathan acalorado y falto de respiración.

—No quiero hablar con usted. —Se dispuso a darse la vuelta, pero este la cogió del antebrazo para impedirlo.

—Pues tendrá que hacerlo, Edith. Llevo días paseando por estos campos arriba y abajo con la esperanza de verla salir de su casa y poder así mantener una conversación. Cuando la he divisado de lejos, casi me descoyunto los huesos tratando de alcanzarla. —Le ofreció

una sonrisa que ella no correspondió.

—Entre nosotros está todo dicho. —Intentó liberarse, pero no pudo.

—No, quiero que me escuche; no tanto por mi bien, como por el suyo y el de los habitantes de la casa en donde me hospedo.

Edith no quería escuchar súplicas ni lamentos. El mal ya estaba hecho y la única perjudicada era ella. Así se lo comunicó.

—Está equivocada —continuó él—. Es verdad que tiene todo el derecho a enfadarse. Nos entrometimos en algo que tal vez no nos incumbía y pensamos que un buen resultado nos haría obtener el perdón. —Suspiró, siendo consciente de la terrible fatalidad—. Si me promete no huir en cuanto la suelte y se queda a escuchar, le doy mi palabra de que tanta ofensa habrá valido para algo.

—Está bien —capituló. Aun así no estaba demasiado convencida. Sus palabras no acababan de tener sentido y sentía curiosidad por ver qué era capaz de inventar.

—Si le sirve de consuelo —empezó él—, estamos pagando muy caro nuestra intromisión. Jeremy no nos habla tampoco...

Comenzó por el principio. Le explicó las conspiraciones de la duquesa y él mismo para unirla a Jeremy sin que este lo supiera. Le contó las mentiras que inventaron para convencerle y lo apenados que se sentían por ello.

—¿De verdad se arrepienten de manipular a la gente a su antojo?

—Bueno, yo sí. La idea no estaba mal del todo, pero el resultado ha sido desastroso.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué les hizo pensar que tanto Jeremy como yo podríamos acabar interesándonos el uno en el otro? —Todavía se moriría más de vergüenza si alguien adivinaba la verdad sobre sus sentimientos.

—En realidad, solo pensábamos en que Jeremy terminara enamorándose. —Su explicación fue toda una sorpresa—. La duquesa estaba convencida de que usted sería la esposa perfecta para él y que terminaría queriéndole tarde o temprano.

Esa situación era inaudita. No sabía si creerle o no. ¿La duquesa la quería como nieta y futura duquesa? Y que Jeremy no estuviera enterado de la verdad le parecía descabellado. ¿Qué abuela armaba tanto jaleo por encontrarle una esposa a su nieto? Expresó sus dudas en voz alta.

—La cuestión no es tanto esa, sino que Jeremy cree a pies juntillas que no tiene suerte con las mujeres. Ya sabe. —Jonathan esperó la reacción de ella.

—Una auténtica y completa estupidez —afirmó con contundencia.

Eso era lo que esperaba. La respuesta había sido la adecuada.

—Por eso mismo tomó cartas en el asunto. Él creía estar ayudándome en lo que pensaba era, un deseo sincero. No tiene culpa alguna.

Quizás no para él, pero Edith se sentía traicionada. Había tratado de enamorarla aun sabiendo que tenía que ser para su mejor amigo. ¡Si hasta la había besado! Si el sentimiento no hubiera estado ahí y ese cortejo fingido hubiera logrado su propósito, estaría enamorada y sin esperanza alguna.

«Como ahora», dictaminó su voz interior.

«No es lo mismo», respondió ella a su vez.

«¿Cómo que no?».

«Cállate de una vez». No tenía ganas de luchar con su conciencia.

—Lo siento por todos, pero creo que la única maltratada por todo esto he sido yo. Es absurdo que Jeremy pudiera llegar a sentir algo por mí. —Una parte de ella se estremecía de dolor de solo pensar en lo que nunca sucedería.

—De eso ya hablaremos más tarde. Lo que me preocupa es lo que usted sienta —Jonathan la miró con atención.

Edith se sintió observada y analizada. ¿Qué pretendía que dijera, que le amaba con pasión y frenesí desde su infancia y que cada minuto sin él era una agonía? Antes muerta que confesarlo. Solo faltaría que Jeremy lo supiera.

Sintió escalofríos solo de pensarlo.

—No hay nada de lo que hablar. No me he enamorado de usted y tampoco de él —finalizó la frase de forma veloz. Esperaba que la mentira no se notara.

—¿Y si le dijera —tanteó— que él puede haber desarrollado unos sentimientos, digamos... de cariz romántico?

—Pues que le consideraría un absoluto mentiroso que cree que soy más estúpida e ingenua de lo que en realidad soy. —Solo de pensar en esa posibilidad notaba en el estómago un nudo que se estremecía y daba saltos. No. Era falso. Un imposible.

—Edith...

—¡No! ¡No siga! —Levantó la mano para detener unas palabras que no creería ni aunque se lo jurara por su propia vida—. De todas formas, no debe preocuparse. No tardaré en marcharme de aquí una buena temporada. —Ignoró deliberadamente la sorpresa de su interlocutor—. Y si todo sale como espero, volveré casada y con el episodio olvidado.

Y después de soltar la noticia, se marchó, dejando tras de sí a un hombre estupefacto que, cuando se recobró, corrió hacia la mansión de los Gibson.

Se dirigió al despacho de Jeremy esperando encontrarle allí. Y así fue.

—Muchacho, tienes un gran problema —lo abordó sin miramientos—. O haces lo que debes o la perderás.

Un baile siempre resultaba entretenido o al menos eso es lo que decían todos. No obstante, Edith echaba de menos la campiña. Era verdad que una fiesta era el lugar más indicado para encontrar marido, pero no estaba tan entusiasmada como quería dar a entender. Tan pronto llegó a la ciudad de Leicester, tres semanas atrás, sus parientes la acogieron con un fervor inusitado y se dedicaron a la tarea de buscarle pareja como si la vida les fuera en ello. Para su propia sorpresa, en ese lapso corto de tiempo, habían desfilado ante ella varios hombres que no la encontraban tan fea. He ahí, suponía, las ventajas de vivir en una ciudad. Quizás a estas alturas ya estaría casada si, en lugar de quedarse con sus tíos, hubiera venido a parar allí.

Su misión había sido entablar conversación con todo aquel que le presentaban y entrever sus posibilidades. Lástima que su corazón estúpido e inconforme se mantuviera apegado a su primer y único amor.

Se había marchado de su casa muy apenada por todo el asunto del cortejo fingido. Tal había sido su abatimiento que sus parientes habían deducido por sí solos que acababa de sufrir un desengaño amoroso. En cierto sentido había sido así, pero Edith prefirió no dar explicaciones. Ahora corría el rumor de que era víctima de una bella pero trágica historia de amor no correspondida; toda adornada por sus parientes, claro está. Si hubiera estado de otro talante habría sido capaz de disfrutar de toda la atención que suscitaba, pues se decía que su vida estaba envuelta en un halo de misterio que la hacía más atrayente que nunca a los deseos masculinos.

«Qué absurdas somos las personas a veces».

Eso acababa de pensar mientras observaba a la multitud danzar. No era Londres, pero la categoría del baile era indiscutible. Lo había

organizado todo una amiga íntima de los parientes que la habían invitado a pasar una temporada con ellos, un matrimonio de la más alta alcurnia.

Como era de esperar, todos iban ataviados con sus mejores galas y ella no era la excepción.

A esas alturas de la noche había bailado con tantos hombres que los pies empezaban a dolerle. Echaba de menos su hogar... y a Jeremy.

«¿Cuán tonta puede ser una persona?».

Como si lo hubiera conjurado, lo vio aparecer por entre las puertas francesas de acceso al salón de baile. Quieta como una estatua lo vio pasear la mirada por el gentío... hasta toparse con ella.

Jeremy no esbozó sonrisa alguna ni la saludó. Se limitó a mirarla con una intensidad sofocante que la dejó aturdida.

¿Qué hacía él allí?

Lo vio descender la escalinata y desapareció de su vista entre la multitud.

Acalorada, miró a derecha e izquierda en busca de sus parientes. Pretendía esconderse entre ellos.

Para su eterna consternación, cuando los encontró vio que hablaban con el mismísimo Jeremy. ¿Desde cuándo se conocían? Cuando la prima hermana de su difunto padre la vio, la conminó a acercarse. No hacerlo hubiera supuesto una grosería.

A regañadientes se aproximó al grupo. Todos los miraban a ellos dos con aire especulativo.

—Señorita Bell... —Inclinó la cabeza.

Incapaz de hablar, hizo lo propio y esperó.

—Querida Edith —habló la matriarca—, el duque de Dunham ha solicitado un baile. Le he dicho que no habrá ningún problema, ¿verdad?

¿Un baile? ¿A qué estaba jugando ese hombre? ¿Y por qué sus parientes parecían encantados con toda aquella pantomima?

—Me duelen los pies —objetó como excusa. Eso era algo que una dama jamás debía admitir en público, pero se negaba a permitir que la manipularan de nuevo.

—Te lo suplico. —Jeremy alargó su mano enguantada pidiendo indulgencia.

¿El duque de Dunham suplicando por bailar una pieza con ella?

Se conmovió. No pudo evitarlo. Aunque deseaba detestarlo con toda su alma y olvidar así que una vez se habían conocido, no podía ignorar que sentía curiosidad.

—Está bien —concedió.

Para su sorpresa, él no pareció vanagloriarse de su pequeño triunfo.

El baile escogido resultó ser un vals. Tan pronto él rodeó su cintura y empezó a deslizarse con ella por la pista de baile, Edith sintió que su cuerpo ya no le pertenecía. Parecían estar hechos para estar así, juntos, y le dolía ser la única en sentirlo.

Dieron vueltas y más vueltas sin hablar, solo mirándose a los ojos. No dejaba de notar también la tensión que emanaba de él, pero estaba insegura respecto a qué era debido.

Poco después de los acordes finales y sin mediar palabra, Jeremy la alejó de la pista de baile y la condujo sin vacilar hacia la penumbra de las salas circundantes vacías.

De momento no lo detuvo.

Cuando halló una habitación pequeña en la que estar solos, cerró la puerta con llave y siguió sujetándola por la cintura, pero tan cerca que podía oler su aroma masculino.

—Edith —susurró—, quisiera pedirte un beso, solo uno.

Como primera petición debía decir que había conseguido acelerarle el corazón. Parecía un hombre a punto de morir si no la besaba.

—¿Por qué? —le preguntó el motivo de tanta urgencia. Después se centraría en averiguar lo demás.

—Porque si sigo sin sentir tu aliento y suspiros en mi boca un minuto más pensaré que mi pasado fue una broma y mi futuro, una

ilusión.

«No está mal. Incluso parece sincero tratando de convencerme de que no es nada sin un beso mío».

No sabía qué juego se traía entre manos, pero aguantaría un poco más.

—Y si consiento en besarlo... —Fingió estar pensándolo—. Lo haré feliz.

—Feliz no, pero sí conseguiría aliviar mi miseria.

Se acercó un poco más, pero Edith no se sintió alarmada por ello. Lejos de sentirse así, la excitación empezaba a invadirla. Se sentía viva.

Ya pagaría el precio después.

—En ese caso...

Él no la dejó terminar de hablar. Se abalanzó sobre sus labios con tal ferocidad que se vio engullida por su propio deseo.

Edith quería disfrutar, por ello cerró los ojos y fue... mágico. Tan mágico como si sus labios se reconocieran, como si sus alientos y sus lenguas se reencontraran después de una penosa separación. Tan mágico como estar en casa.

Jeremy suspiró de felicidad contra la boca de Edith. Por fin, después de todos esos días angustiosos, la tenía donde siempre había debido estar: entre sus brazos.

Parecía mentira que hubiera tardado tanto en reconocerlo, pero no estaba todo perdido. Mientras él había pasado esas tres semanas sumido en la más terrible de las agonías, ella bailaba y sonreía a cualquier petimetre que se le pusiera por delante. Ahora que lo pensaba ya no estaba seguro de apreciar la facilidad con la que ella había cedido al beso. ¿Había sido así con todos?

Cuando su amigo le contó lo que había pasado con Edith, Jeremy dejó de fingir. Se había acabado la mentira en cuanto a sus sentimientos: estaba enamorado de una mujer con carácter que todo el

mundo parecía adorar. Incluso él, sin saberlo, había sucumbido. Y, aunque estaba todavía enfadado por cómo lo habían manipulado, les agradecía que lo hubieran obligado a admitir que Edith era lo que buscaba en una mujer. Se negaba también a creer que lo suyo había sido cosas de unas semanas. Optaba por pensar que sus desavenencias de años atrás hablaban de una atracción que se negaba a reconocer. Ella era algo que siempre tenía allí; alguien que formaba parte de su cotidianidad pero que se mantenía en un segundo plano. Así que, cuando la amenaza de perderla se plasmó como real y certera, no tuvo más remedio que actuar.

Había pasado los peores días tratando de que los tíos de Edith confesaran su paradero. Ni las amenazas ni los sobornos dieron sus frutos, pero al final comprendió que la verdad era el método infalible para lograrlo. Y así fue. El proceso había sido duro y doloroso, pero había aceptado a ser honesto con sus sentimientos.

—Edith, mi Edith...

Eso la debió sacar de su entrega, porque de pronto empezó a revolverse. La soltó para que no se hiciera daño.

—¡No, no! Esto no debería haber pasado. No debería haberlo permitido. Otra vez no.

—Edith...

—¡Deje de repetir mi nombre! ¡Y deje de besarme!

—¿Tan ofensivo te ha parecido mi beso para rechazarlo así? —preguntó. No sabía cómo sobrellevar la ira que ella desprendía—. Ni siquiera te planteas que lo he hecho por el mero placer de sentirte.

—Debe de creer que soy tonta si voy a tragarme semejante patraña —bufó colérica.

Jeremy la miró, desalentado. Ni tan siquiera se había planteado lo difícil que sería convencerla de sus sentimientos.

—Entonces, ¿por qué piensas que te he besado? ¿O permites este tipo de licencias a todos los desconocidos?

—Soy una mujer libre —declaró con orgullo—, y hago lo que deseo

con quien me apetece.

A él, esa premisa le parecía bien... siempre y cuando el «con quien me apetece» solo le incluyera a él.

—Edith, por favor... —No sabía qué estaba suplicando con exactitud, pero seguro que no era esa cólera.

¿Tanto se merecía su desprecio? Se lo preguntó.

Ella le miró como si la respuesta fuera obvia.

—Quiero que me deje en paz. Déjeme ser feliz.

—¿Y no lo serías conmigo? —Se atrevió a dejar entrever una parte de su alma. Pero como siempre, la realidad no superaba sus expectativas.

—No. —Ella le miró confundida porque no sabía qué pretendía.

Para Jeremy, en cambio, ese simple «no» conseguía anular de un golpe todas sus esperanzas.

«No debería haber hecho caso a Jonathan. Ese bobalicón me instó a hacer el ridículo por una mujer cuando no soy correspondido».

—Pues entonces, libérame —pidió con desaliento—. Si no vas a amarme, déjame ir.

—¿A qué retorcido juego está jugando? ¿De qué habla?

¿No era evidente? ¿Acaso no estaba demostrando que la amaba y quería estar a su lado? Quizás su venganza por lo ocurrido era verlo hecho jirones y suplicando unas migajas que no estaba dispuesta a dar. No obstante, ella se merecía eso y más. ¿Qué importaba si en el proceso acababa roto por dentro? Sí, lo habían dejado muchas mujeres, pero ninguna le interesó lo suficiente como para decirle las palabras cruciales ni para que entreviera la posibilidad de desnudar su corazón.

«Cuando encuentres a la mujer que tu corazón anhele, déjate llevar».

Esas fueron las palabras que su abuela le dijo la última vez que pretendió cortejar a una mujer y no salió bien. También le dijo:

«Quien no arriesga, no gana».

¿Qué mejor momento para hacerlo? Si no era por Edith, no sería por nadie más.

—Está bien, tú ganas. Te contaré cómo he urdido esta artimaña para que tus familiares me acercaran a ti. Durante la estratagema que mi abuela pergeñó fui comprendiendo lo que no quise aceptar antaño: que eres la dueña de mi corazón, el amor de mi vida, la única con quien quiero compartir todo lo que soy y lo que tengo.

—Madre Santa... —Edith se había quedado con la boca abierta.

—Sé que si me das la oportunidad —continuó algo envalentonado— puedo ser el hombre que buscas, el que consiga hacerte sonreír, el que te dé solaz en los momentos difíciles, el que con su sola presencia ilumine tu día, el que te haga estremecer con una simple caricia y el que provoque mariposas en tu estómago. En fin, el que te ame por cómo eres y por quién eres.

Después de la perorata se impuso el silencio. La miró esperando su veredicto y rezando porque no fuera una más y estuviera ya enamorada de otro que no fuera él.

—Me quieres. —Era una afirmación queda, muy seria.

—Te amo —declaró. No podía ser más sincero.

—No me tolerabas.

—Al parecer soy un experto en engañarme —replicó—. Era tuyo incluso cuando pensaba que no te soportaba.

—¿Y no piensas que haré como las demás? —Edith necesitaba estar segura. Parecía como si estuviera viviendo un sueño largamente deseado y no quería despertar.

—Es absurdo, lo sé. Bueno —rectificó ante su mirada incrédula—, lo sé ahora. Solo deseo una oportunidad. Conseguiré tu amor cueste lo que cueste.

—¿Mi amor? Pero si ya lo tienes —confesó por fin—. Lo has tenido siempre.

—¿Qué? ¿Cómo? —Estaba confundido—. ¿Perdón?

—Desde antes de los ocho años, cuando me insultaste.

La enormidad de lo que Edith admitía lo dejaba sin palabras. Esa mujer orgullosa y hermosa en todos los sentidos le había amado en silencio a pesar de sus desaires y sus groserías. Y él, ciego como estaba, no había sabido verlo. Solo ahora era capaz de apreciar el don que se le estaba ofreciendo. Una vida entera no bastaría para compensarla.

Se acercó de nuevo a ella abrazándola con todas sus fuerzas. Le besó las mejillas, la coronilla, la boca.

—No te arrepentirás. Nadie te amará como quiero hacerlo. Como te mereces.

—¿Aunque sea fea?

—Las feas me enamoran —afirmó con una seguridad plena—. Ahora sé que no hay nada como esta fea para tenerme rendido a su pies.

Nadie les vio sonreír. Ni cómo Jeremy se arrodillaba para pedirle matrimonio. Ni besarse. Ni planear una vida juntos mientras bailaban en una sala vacía.

En el pasado, a Jeremy le habían arrebatado la oportunidad de casarse en un baile, y todo en beneficio del amor. Ahora lo comprendía. Así que al fin y al cabo la vida sí que era justa. Era tal y como tenía que ser.

Epílogo

La mañana de la boda fue perfecta en Stanbury Manor. Ni una sola nube empañó el día más importante de sus vidas y tanto el pueblo como los familiares asistieron a un evento tan interesante como sorprendente. Un enlace lleno de amor, risas y con perspectivas a otras posibles uniones. Por fin, el duque de Dunham encontraba una mujer que no salía despavorida en dirección contraria. En cuanto a ella, ¿qué decir de una mujer que todos querían pero que veían ya como la típica solterona?

Ese día se olvidaron las ofensas y se brindó por un futuro esperanzador. La duquesa se vanagloriaba de haberlos unido y ya veía niños correteando por los pasillos de la casa. Los tíos de Edith acababan de emparentarse con la más alta nobleza y también daban por hecho el aumento de la familia. Los parientes de Jeremy acogieron a Edith con calidez y, por qué no, con una chispa de sorpresa. No obstante, antes de finalizar el día, ya se los había ganado a todos.

En cuanto a Leonor y Jonathan...

—Muy sola la veo. —Se acercó a Leonor, que se veía espléndida con un vestido color malva que su patrona le había hecho confeccionar.

Ella se giró y le dedicó una breve mirada, pero al instante volvió a dedicar su atención a la pareja de recién casados que bailaba en mitad del jardín delantero con los invitados alrededor.

—¡FIESTAS Y MUJERES, LOS MEJORES PLACERES! — barbotó con su típico volumen el guacamayo, que se había negado a que le ignoraran en un día así.

No obstante, Leonor no sonrió siquiera.

—¿Piensa permanecer en Stanbury Manor para siempre? —La pregunta tan directa podría haber ofendido a cualquiera...

Pero no a Jonathan.

—¿Considera que me he excedido en mi estancia? —Se puso a su lado viendo el mismo espectáculo que ella. Ambos estaban bajo el marco de unas de las puertas de las terrazas que daban al jardín, al lado de la puerta de la entrada—. ¿Le incomoda mi presencia? —Jonathan trató de descifrar la respuesta en ese rostro tan sereno, pero ella se limitó a encogerse de hombros—. Tal vez, ahora que ya disfrutamos de nuestros amigos casados, debemos mantener esa conversación que tenemos pendiente.

Eso atrajo su atención.

—No creo que tengamos nada que decirnos. —Sin embargo, no se alejó cuando el dorso de la mano de este le rozó la suya, tan leve como un suave soplo.

—Yo sí. Necesito... —Jonathan se interrumpió al captar un rostro muy particular entre la gente que se acercaba en su misma dirección.

Frunció el ceño. Luego palideció.

Leonor siguió su mirada hasta que sus ojos se posaron sobre una hermosa mujer ataviada con finura y elegancia.

—Isobel —musitó Jonathan, anonadado.

El contacto se interrumpió en el acto.

—He venido a conquistarte —anunció ella muy segura de sí misma cuando estuvo a su altura. Ni siquiera se percató de la presencia de la dama de compañía de la duquesa.

—¡Guaks! —El grito del pajarraco tensó el ambiente—. PROBLEMAS DE LOS GORDOS. —El guacamayo, como siempre, fue quien dijo las últimas palabras.

Continuará...

NOTA DE LAS AUTORAS

En esta novela nos hemos permitido una gran licencia literaria respecto a la adorable e impertinente Georgette, dotándola de una inteligencia y una agudeza superior a la que de verdad poseen los guacamayos.

En realidad, estos animales de pluma azul y amarilla, hablan. O mejor dicho, aprenden a recitar palabras. Su vocabulario puede llegar a ser extenso teniendo en cuenta que se trata de un pájaro, pero no tanto como hemos reflejado en la historia.